

¡DAME MASAJES, CHICO!

Silver Kane

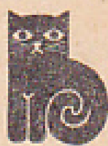
HP PRADERA 651

Silver Kane ¡DAME MASAJES, CHICO!

2500 REWARD



HEROES DE LA PRADERA



SILVER KANE
¡DAME MASAJES, CHICO!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 651 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, **S.** A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.
En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIA ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
947 — Una tumba en Manhatan.
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
649 — Los reyes de Abilene.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
15 — Un Colt, una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.119 — La ruta de la mujer muerta.

ISBN 84-02-02524-2 Depósito legal: B. 15.482-1982
Impreso en España - Printed in Spain
2.a edición: junio, 1982
3.a edición en América: diciembre, 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El hombre entró en el saloon poco a poco.

Era un tipo gordo, alto.

Demasiado gordo.

Por debajo de su ropa ancha se notaba la grasa de una forma alarmante. Era como si la grasa le fuese a hacer reventar por todos lados. Pero a pesar de eso no era lo que se dice un tipo cómico.

Todo lo contrario.

En sus ojos había una luz helada, penetrante.

Cualquiera que lo hubiese visto podría haber pensado: «He aquí a un asesino».

Después de empujar los batientes, el hombre los soltó.

Oscilaron a su espalda, produciendo un crujido antes de cerrarse.

El saloon estaba vacío. O casi vacío.

Había en él dos hombres, aparte del que acababa de entrar. Uno de ellos era el encargado de la barra, que miraba la escena con ojos entrecerrados; el otro era un hombre sentado tras una mesa.

De ese hombre no se veían más que las manos, porque el resto de su cuerpo permanecía en una zona de sombra. Eran unas manos enguantadas, largas y firmes. Entre ambas descansaba un pequeño vaso.

Nada más.

No llevaba ningún arma visible.

El que acababa de entrar musitó:

—Supongo que sabías que cumpliría mi palabra, Logan.

La voz sonó metálica desde las sombras.

—Lo daba por descontado.

El gordo rió silenciosamente.

—¿Por qué has elegido este saloon, Logan? ¿Qué pasa? ¿Te gusta que te entierren aquí?

—Todo lo contrario. Es a ti a quien le gustará que le entierren, muchacho.

Las facciones del gordo se tensaron.

Instantáneamente dejó de reír.

—Te dije que te mataría, Logan. Tú has elegido el sitio y la hora.

—Así es.

—Por lo tanto el trato resulta sencillo. Yo pongo la bala y tú pones el cadáver. ¡Saca!

El gordo se contorsionó.

Sacó el Colt con un movimiento ágil, pero que de todos modos no fue de primera clase. No resultó uno de esos movimientos fulgurantes que duran menos que un pestañeo. Dio tiempo a que las dos manos enguantadas se movieran.

Entre ellas apareció un Colt.

Era un viejo modelo.

Hacía tiempo que un Colt tan antiguo no se veía por la frontera de Nuevo México, pero de todos modos resultó efectivo. Disparó dos veces antes de que el gordo pudiera apretar el gatillo.

Y se derrumbó pesadamente.

De los labios del hombre que estaba en la barra partió una exclamación de asombro.

* * *

A poca distancia de allí, en una de las cuadras públicas de la ciudad, un hombre estaba ensillando un caballo con movimientos nerviosos. Llevaba un sombrero negro, las fundas muy bajas y tenía un inconfundible aspecto de pistolero profesional.

Pero ahora parecía bastante nervioso.

Ajustó las cinchas mientras miraba un par de veces hacia la puerta, como si temiese la aparición de alguien. Luego comprobó el estado de los correajes.

Y fue entonces cuando le pareció oír aquellos pasos.

Se volvió bruscamente, aunque sin «sacar». Parecía tener la sensación de que ya le estaban apuntando.

El sol le impedía ver bien a la figura que se recortaba en la puerta. El sol ya declinante, penetrando por allí, le deslumbraba. Sólo distinguió una silueta alta y delgada, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Y una voz helada susurró:

—¿Tenías prisa, Jim?

El que estaba junto al caballo apretó los dientes. La derecha bajó poco a poco, muy poco a poco, hacia el Colt.

—Parece que me has encontrado, Sanders... —bisbiseó.

—¿Es que por un momento has llegado a pensar que no daría

contigo?

La mano bajó un poco más.

Ya casi rozaba la culata.

¡Y el de la puerta parecía no darse cuenta!

Su voz helada musitó:

—Celebro haberte encontrado aquí, Jim. Una cuadra es un sitio estupendo para que muera un tipo como tú. ¿Pero qué pasa? ¿Por qué te estás tan quieto? ¿Es que ya has perdido la costumbre de defenderte?

Jim susurró:

—Podríamos arreglar esto, Sanders.

—Ya lo creo que podemos arreglarlo.

—Yo llevo algo de oro y...

—¿Ves? En eso no te pareces a mí. Yo solamente llevo algo de plomo.

La mano de Jim ya rozaba la culata completamente. Ya podía sacar el Colt con un solo tirón.

¡Y lo dio!

El revólver pareció brotar de entre sus dedos...

Sin embargo, no aprovechó todas las ventajas de que disponía. Sus últimos gestos fueron demasiado lentos. Dio la sensación de que el sol le perjudicaba de tal modo, que no podía ver.

Dos llamaradas rojas brotaron del revólver del hombre que estaba en la puerta.

Jim se estremeció.

Giró sobre sí mismo como si quisiera abrazarse al caballo.

Las fuerzas parecieron fallarle y rodó por tierra. El silencio más total, más siniestro, flotó entonces sobre la cuadra.

El hombre que había estado en la puerta entró poco a poco. Sus espuelas brillaron quedamente. Sus ojos acerados se clavaron en el rostro del caído.

El sol tenía un dulce reflejo de sangre.

* * *

El que estaba detrás de la barra del saloon había hecho un gesto de asombro después de oír los disparos.

Y susurró:

—Es increíble...

El hombre de los guantes negros hizo desaparecer el Colt. Entre sus manos sólo quedó el vaso, como antes del disparo.

Preguntó:

—¿Increíble?

—Sí, amigo. Increíble de malo.

—¿Quéeee...?

—Hacía años que no veía unos disparos tan asquerosos. Y mire que llevo tiempo detrás de esta barra, viendo paquetes con el revólver.

El gordo se puso en pie.

Parecía como si le hubieran pinchado.

Dio un brinco, con lo cual demostró que muerto, lo que se dice muerto, no lo estaba.

Se abrió la camisa y se desabrochó un poco los pantalones. Y empezó a sacar de allí almohadillas de crin apretado, reforzadas con gruesas láminas de plomo.

—¡Mira! —dijo—. ¡Mira, so bestia! ¡De las dos balas has fallado una, porque no tengo ni la más pequeña marca! Y la segunda la has clavado aquí. ¿Ves la señal? Es la almohadilla que llevaba sobre la cadera. No me hubieras hecho más que un rasguño.

Cuando el gordo terminó de quitarse las almohadillas que le cubrían, quedó un tipo más flaco y esmirriado que un caballo viejo después de buscar hierba durante tres semanas en el desierto Mojave.

Añadió:

—Y de la rapidez, ¿qué puedo decirte? ¡Maldita sea, macho! Nunca había sacado yo un revólver con tanta lentitud. ¡Hasta se me ha dormido el brazo! Hubiera podido matarte siete veces y aún me hubiese quedado tiempo para aserrar una pata de esa mesa. ¿Y a eso le llamas tú estar en forma? ¿Pero qué te has creído, Logan?

El llamado Logan se levantó.

Salió de entre las sombras.

Primero aparecieron a la luz los guantes negros, y luego el resto del cuerpo. Pero cualquiera que hubiese esperado ver a un pistolero, a un luchador auténtico, a uno de esos fulanos altos y espigados que pululaban por los tugurios del Oeste, se hubiera llevado un chasco. ¡Y qué chasco! Porque el hombre que acababa de emerger a la luz tenía al menos sesenta años y estaba gordo como un tonel. O quizá

no tanto. Pero de todas maneras había que reconocer que no era lo que se dice un vaquero de los que conservan la línea.

Sólo sus ojos resultaban distintos.

Sólo sus ojos duros y grises denotaban lo que había sido.

Se acercó compungido al gordo-flaco.

—¿De veras he tirado tan mal, muchacho? —preguntó.

—Fatal. Y oye lo que te digo, Logan.

—¿Qué me dices, Robert?

—Que no vuelvo a ensayar contigo ni aunque me pagues cien dólares por bala. ¡Menuda puntería tienes! ¡Yo no llevaba protegida la cabeza! ¡Y un poco más y me la conviertes en una regadera!

—¡Que conste que aún conservo el pulso!

—Bueno, eso se lo dirás a todos, Logan. Pero lo que es a mí no me lo vuelvas a decir. ¡Tengo hijos a los que mantener y no vuelvo a ponerme delante de tu revólver!

Logan hizo un gesto de pesadumbre.

—Chico, lo siento.

El de la barra preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Logan?

—Pues… cuarenta.

—¿Quééé…?

—Bueno… Tal vez cuarenta y cinco.

—¿Quééé…?

—No me acuerdo bien. ¡Esta memoria mía! Es posible que tenga cuarenta y ocho.

—Tú tienes sesenta, Logan. Y si no mira este pasquín. Este pasquín es de hace treinta años.

Lo sacó de debajo de la barra.

Era quizá el pasquín más viejo que se conservaba en el Oeste.

Una auténtica reliquia.

En él aparecía el rostro de un hombre de facciones duras, enérgicas, de ojos penetrantes. Un rostro que era muy parecido al de Logan actual, aunque éste había puesto sobre su cuerpo bastantes kilos de más y además acusaba la erosión implacable del tiempo. Ese tiempo que se nos va sin darnos cuenta, que no perdona a nada ni a nadie.

El dueño del saloon leyó el texto:

«Cinco mil dólares de recompensa por Joe Logan, de treinta años

de edad, pistolero de la frontera. Se le acusa de siete desafíos ilegales y de robo en una diligencia. El sheriff de Abilene pagará contra entrega de su cuerpo, vivo o muerto.»

Dobló el pasquín y lo volvió a guardar.

—¿Qué te parece, hombre? ¡Ahora tienes sesenta!

Logan suspiró con pesadumbre.

—¡Qué tiempos, muchacho, qué tiempos! ¡Hala, dame el pasquín! Quiero guardarlo.

—Narices. Es una pieza de museo.

—Pero reconocerás que yo era un coloso con el revólver. Los siete desafíos ilegales de que habla el pasquín fueron enfrentamientos con siete asesinos que ya están muertos. Muchos no llegaron a tocar la culata.

—Pues ahora tendrían tiempo de tocar hasta la guitarra, amigo.

—¡Me entrenaré! ¡Volveré a ser el que era!

El gordo-flaco masculló:

—¡Pero conmigo, no! Conmigo, no, ¿eh? ¡Ni lo sueñes!

—¿Por qué te empeñas en eso, Logan? —preguntó el de la barra —. A cada edad lo suyo. ¿Por qué quieres volver a ser un pistolero? ¿Por qué has vuelto a San Antonio de Texas?

—Tenía que encontrarme con un amigo —dijo, tristemente, Logan—. Quedamos citados aquí... hace treinta años.

—¿Quééé...?

—Sí. Hace treinta años. Cuando en San Antonio de Texas sólo había un par de casas.

Los dos únicos hombres que estaban en el saloon le miraron asombrados.

—¿Y cómo se llama tu amigo, Logan?

Este murmuró tristemente:

—Se llama Sanders...

* * *

El hombre que estaba junto al caballo, caído en tierra, se puso en pie de un salto y gruñó:

—¡Muy mal, Sanders, muy mal! Por fortuna eran balas de fogueo y sólo hacían pum-pum. Pero, en otro caso, ¡cualquiera se fía de ti! ¡No tienes puntería para darle a la almohada estando tú en la cama! ¡Maldita sea! ¿Y a esto le llaman un pistolero famoso?

Sanders se acercó lentamente desde la puerta de la cuadra pública.

El sol ya no desdibujaba su figura.

Y entonces pudo apreciarse que era un hombre alto, todavía delgado y con proporciones atléticas, pero que ya tenía el rostro surcado de arrugas. Sólo los ojos conservaban el vigor de la juventud. Unos ojos que miraban al frente, acerados y duros como en otro tiempo.

—¿De veras crees que… que lo he hecho tan mal? —susurró.

—¡No mal! ¡Peor! ¡Por poco me he dormido «sacando»! ¡Si la cosa llega a ir en serio, ese caballo que ves hubiera tenido tiempo de hacerse viejo antes de que tú disparases!

—Hombre, no hay para tanto…

—¿Cuántos años tienes, Sanders?

Sanders se pellizcó la mandíbula.

—Pues verás… No recuerdo exactamente. Pero debo andar por los cincuenta.

—¡Narices, amigo! Tú al menos tienes sesenta.

—Eso son calumnias —dijo Sanders.

—¿Calumnias?

—Sí. Gente que me quiere mal.

Jim sacó de uno de los bolsillos de su camisa una arrugada hoja de papel.

No era un pasquín. Era un recorte de periódico. Se trataba del *Kansas Journal,* uno de los primeros diarios que habían aparecido en el Oeste central, y que no tuvo larga vida por dos razones: porque entonces apenas nadie sabía leer y porque unos pistoleros balearon al dueño. Desde entonces —y habían pasado treinta años— nadie supo decir cuál de las dos razones había sido más importante.

Jim le mostró aquel recorte.

Había en él un dibujo muy bien hecho. Cosa excepcional, porque los periódicos apenas publicaban dibujos entonces. Pero se veía claramente la cara; era la cara de un hombre aún joven, de unos treinta años, cuyos ojos quietos y duros parecían atravesar la distancia.

Sanders susurró:

—¡Cuerno! ¡Ese soy yo!

—Lo eras, chato.

—¡Pero si no he cambiado nada!

—Te equivocas. Antes eras un hombre. Ahora estás hecho una birria. Hasta para ponerte los pantalones tienen que ayudarte.

—¡Maldita sea, Jim! ¡Te voy a...!

Jim alzó las manos en son de paz.

—Bueno, hombre, no te pongas así... Quizá he exagerado un poco.

—¿Un poco? ¡Mucho!

—El caso es que no vuelves a entrenarte conmigo. Ni con balas de fogueo, amigo.

Sanders hizo un gesto humilde.

Dirigió una nostálgica mirada al periódico, donde se leía: «Dave Sanders, el más temerario explorador de la frontera. ¡Mató a nueve hombres en Wichita en una sola jomada!»

—Aquéllos eran tiempos —masculló Sanders.

—Y aquéllos eran muertos.

—Ahora la gente se te muere por cualquier cosa.

—Bueno, Sanders —dijo Jim—, ¿y puede saberse a qué has venido aquí?

—Tengo que encontrar a un amigo.

—¿Un amigo de aquellos tiempos?

—Sí.

—Pues vete a buscarlo al Museo de las Momias, muchacho. Creo que hay uno en Tombstone. Medio dólar la entrada.

—No seas bestia, Jim.

—¿Quién es tu amigo?

—Un compañero de correrías de aquel tiempo. Un gatillo de primera. Nos citamos hace treinta años.

—¿Quééé...?

—Sí, muchacho: el tiempo pasa sin darse uno cuenta. Te pones a perseguir a una mujer y... ¡zas!..., de repente ya han pasado treinta años.

—Pues ya es tener paciencia, macho. No hay mujer que aguante tanto.

Sanders arqueó una ceja con gesto de nostalgia.

—Mi amigo Logan es un pedazo de la historia del Oeste —dijo—. Los dos queremos ir juntos a recordar viejos tiempos.

—¿Y habéis tardado treinta años en decidir eso?

—No podíamos hacer otra cosa.

—¿Por qué? ¿Dónde infiernos habéis pasado esos treinta años?

—En la cárcel.

Jim dio un saltito.

—¡Por todos los buitres de Nevada! ¡No es posible! ¿Os condenaron a treinta años? ¡Ni que hubieseis pegado una perdigonada en el pompis al presidente de Estados Unidos!

—No fue una sola condena. Fueron varias, una tras otra.

En cuanto salíamos a la calle nos metíamos en un nuevo lío y…, ¡hala!…, ¡otra vez a cazar chinches entre rejas!

—¿Y ahora os han soltado? —Eramos dos hombres demasiado peligrosos para estar siempre entre rejas —dijo, orgullosamente, Sanders.

—Querrás decir que hasta a los presidiarios los jubilan. Hoy día los seguros sociales han adelantado que es una barbaridad.

—Calla, bestia.

Jim chascó dos dedos y luego se sacudió el polvo.

—¿Y ese amigo y tú adónde pensáis dirigiros? —preguntó—. ¿A qué sitio del Oeste?

—A Little Fort.

—¿Dónde está eso?

—En Arizona.

—¿Y por qué Little Fort?

—Por que el primer cementerio que hubo allí lo fundamos nosotros, amigo. Y sin ayuda de nadie.

Dicho esto, Sanders dio media vuelta, miró al otro como preguntando: «¿Tú qué te has creído?», y salió orgullosamente.

CAPITULO II

Los dos muertos tenían las manos agarrotadas a la altura del corazón, por donde acababan de penetrar las balas.

El hombre que estaba frente a ellos los miró mientras enfundaba su revólver. Su frente estaba surcada por diminutas arruga de preocupación.

Aquel hombre no era ya un chiquillo, pero tampoco había llegado a cumplir los treinta años.

Vestía pantalón tejano azul, botas también tejanas adornadas, una cazadora de piel, camisa gris y al cuello un pañuelo rojo tejido por los indios.

Sus ojos eran azules; sus cabellos rubios, y su tez estaba tostada por el sol y lavada por la lluvia.

Llevaba dos revólveres, uno de los cuales acababa de guardar ahora, y un largo cuchillo «Bowie» dentro de una vaina de piel.

La escena tenía lugar en una de las zonas más desérticas de Nuevo México, entre las ruinas todavía humeantes de un rancho que había sido pasto de las llamas.

Los dos hombres a los que el joven acababa de matar estaban junto a la entrada, pero dentro había también varios cadáveres más, completamente calcinados. Toda la banda de Duffi Harlem.

Habían incendiado el rancho para hacer salir a sus moradores y así poder acribillarlos más fácilmente. Pero ante la llegada de aquel hombre que los acorraló con su diabólico fuego de revólver, habían tenido que refugiarse contra las paredes llameantes hasta caer en su propia trampa.

Aquel hombre llegado tan inesperadamente, el joven del pantalón tejano y la cazadora de piel, era el federal Fred Kendall, quien había recibido orden de perseguir *hasta la muerte* a la banda de Duffi Harlem.

Se adentró por entre las ruinas humeantes, para ver si aún podía hacer algo por cualquiera de los habitantes del rancho; pero comprobó que los hombres de Harlem no habían perdonado a nadie antes de morir.

Un hombre, dos chiquillos, y una mujer yacían entre las ruinas. Afortunadamente, todos habían muerto a balazos antes de que las

llamas hicieran presa en sus cuerpos.

Fred los colocó a todos juntos y les cerró los ojos, que aún estaban abiertos.

Luego se dedicó a buscar entre los restantes cadáveres el del forajido Duffi Harlem.

Allí estaba su lugarteniente Nova, allí sus rufianes Neck y Johnson, pero ni sombra de Duffi.

Fred, atento al examen de los muertos, no se dio cuenta de que aún quedaba uno vivo a su espalda.

Duffi Harlem, con una rozadura de bala en el parietal izquierdo y media cara completamente llena de sangre, con parte de la camisa chamuscada por las llamas, acababa de surgir con un revólver en la mano por detrás de unos troncos humeantes.

Sus dientes estaban apretados y sus facciones crispadas por una mueca de odio.

Vio claramente la espalda del federa!. Quedaban dos balas en su revólver y las dos las colocaría en sitios mortales: una en la nuca y la otra en el centro del corazón.

Fred le había perseguido a lo largo y ancho de tres estados, sin dejarle respirar, acorralándole como una fiera. Y ahora, en ese rincón perdido de Nuevo México, cerca ya de los farallones rocosos de Arizona, la persecución iba a terminar.

Dos suaves pulsaciones de gatillo. Dos balas...

Duffi Harlem apuntó primero a la nuca, porque el impacto sería más seguro.

Y en ese instante, Fred se arrojó a tierra con la velocidad de un reptil mientras «sacaba».

Duffi lanzó una maldición e hizo fuego. La bala salió alta.

El pistolero aún creía estar viviendo una pesadilla. No era posible que Fred le hubiera visto. ¡Por todos los diablos del infierno! No podía ser...

Se pegó al suelo mientras los dedos de su mano izquierda arañaban la tierra.

Por entre los troncos humeantes aún oyó la voz tranquila de Fred:

—Dos veces has estado a punto de matarme por la espalda, Duffi, y las dos veces has fracasado. ¿No sientes la curiosidad de saber por qué?

—Debes tener un pacto con el diablo.

—Tú eres el que lo tiene, Duffi, y por ello irás a hacerle compañía dentro de medio minuto. Pero antes te voy a explicar lo sencillo que es haber notado que algo se movía a mi espalda. ¿No te has fijado nunca en el gran anillo dorado que llevo en la mano izquierda?

Duffi no podía ver al federal, pero percibía su voz con perfecta claridad a través de las ruinas.

—Sí, me he fijado en él...

—Pues me enseñaron a tirar con revólver contra un objetivo situado a mi espalda fijándome sólo en el reflejo de mi anillo. Por eso levanto con frecuencia la mano izquierda, cachorro de hiena. Es que estoy mirando a los reflejos, cría de buitre...

Duffi lanzó un rugido.

—¡Cuando te mate te cortaré la mano izquierda, Fred! Lo juro...

—¡Ven a por ella, Duffi!

El pistolero se estremeció. Tuvo la sensación de que la voz acababa de sonar en un lugar distinto.

Demasiado conocía la agilidad de Fred para moverse, una agilidad que en determinados momentos envidiarían los gatos.

Con su revólver donde ya sólo había una bala, aguardó, surcado el rostro por unas gotas de sudor helado.

Fred empleó el truco de lanzar un objeto por el aire para que Duffi disparase, pero Duffi no cayó en la trampa.

Siguió aguardando.

Sobre las cabezas de los dos hombres agazapados en las ruinas comenzaron a sobrevolar los buitres, que habían olido el festín desde varias millas de distancia.

En determinados momentos el silencio era tal que Duffi oyó el gotear de su propia sangre contra el suelo.

Y de repente, Fred saltó.

Apareció su cuerpo por detrás de unos troncos, hizo dos disparos y volvió a caer a tierra, levantándose inmediatamente mientras disparaba otra vez, dibujando frente a su cuerpo una verdadera cortina de plomo.

Duffi Harlem, gritando de terror, disparó su última bala, intentó huir y fue cazado por un balazo en el hombro.

Se estremeció. Otro balazo en la pierna.

Otro en la cadera.
Otro en la columna vertebral.
Otro en el corazón.
Y, por fin, el último, a la cabeza.
Cuando Duffi Harlem dejó de moverse, nadie hubiera reconocido en él al audaz pistolero que asaltaba diligencias, incendiaba ranchos, seducía a las mujeres y las asesinaba después.
Ahora tenía tantas balas en el cuerpo que éste hubiera podido ser vendido a peso de plomo en una subasta.
Fred Kendall, el federal, lo volvió con el pie, lo contempló unos instantes y luego le cerró los ojos.
Su misión, una misión que duró más de un año y lo había llevado a través de tres estados, acababa de terminar.
Como si lo adivinasen, los cuervos empezaron a posarse en las ramas de los árboles, muy cerca de las ruinas humeantes.
Fred registró el cadáver por si aún podía hallar en él algo que le ayudase a sus jefes, aunque la banda había sido completamente destruida.
Vio unos cuantos planos de la región, donde estaban señalados algunos ranchos que seguramente iban a ser el escenario de sus próximos golpes.
Y halló también una cartera con varios billetes medio quemados y la fotografía de una mujer.
Aunque en aquella época, 1875, las fotografías eran aún muy imperfectas, se adivinaba en el rostro de aquella mujer una diabólica hermosura.
Esa era la palabra.
No angelical. Diabólica.
Porque cualquiera que la viese tenía que pensar en seguida en sus labios gruesos y bien dibujados, en sus ojos tan turbadores que parecían invitar a quién sabe qué misteriosas confesiones, en su garganta suave y mórbida, en sus cabellos delicadamente rubios, que en la oscuridad del fondo de la fotografía parecían insinuar como una inquietante llamada.
¿Qué diablos tendría que ver una mujer tan hermosa con el salvaje pistolero?
Probablemente era otra de sus conquistas. Duffi se las había dado de galante delante de muchas mujeres a las que terminó asesinando

después. Y Fred pensó que ésta, al menos, se había librado de la muerte.

Guardó la fotografía, dejando la cartera con los billetes encima del revólver.

A continuación tuvo que disparar contra uno de los buitres hambrientos, que se precipitaba contra la primera de sus víctimas.

Y Fred acababa de guardar nuevamente el revólver cuando distinguió un pequeño grupo de jinetes en la lejanía.

Eran cinco o seis y se aproximaban a galope a las ruinas todavía humeantes del rancho.

¿Enemigos?

A Fred le costaba creer que pudiese haber más pistoleros por aquella zona, pues la banda de Duffi Harlem tenía, por así decirlo, la exclusiva del sector, y esa banda había sido completamente aniquilada.

Por si acaso, Fred recargó sus revólveres, pero cuando los jinetes estaban a unas quinientas yardas de distancia, los volvió a guardar, tranquilizado.

Aquellos hombres vestían todos de la misma manera, lo cual parecía indicar que pertenecían a algún grupo organizado, no a una vulgar banda de asesinos.

Y cuando estaban aún más próximos, Fred reconoció al federal Sam Murray, su inmediato superior, el que solía recibir directamente las órdenes de Washington en todo el oeste de Nuevo México.

A unas quince yardas, Murray descabalgó, puesto que también había reconocido a Fred. Los dos hombres avanzaron uno al encuentro del otro y se abrazaron.

—Lo que menos podía imaginar era que iba a encontrarte aquí, Murray —dijo Fred—. Nuevo México no es tan pequeño como para que los hombres se encuentren por casualidad.

—No es casualidad, Fred. Tenía noticias de que la banda de Harlem se encontraba por esta zona, y he supuesto que tú no podías estar lejos. Al patrullar hemos visto el humo y los resplandores de un rancho incendiado y hemos venido hasta aquí.

—¿Es que necesitas hablar conmigo?

Murray contestó con otra pregunta:

—¿Qué ha ocurrido con este rancho, Fred?

—Los hombres de Harlem lo estaban asaltando, y en vista de la

resistencia de sus habitantes, lo incendiaron para poder cazarlos con más seguridad.

—¿Y en ese momento apareciste tú?

—Estaba siguiendo las huellas de la banda. Los acorralé y se refugiaron en el mismo rancho que habían incendiado.

—¿Cómo pudiste acorralarlos tú solo?

—Quería matarlos, Murray, y tú sabes que tengo algo de salvaje cuando de verdad quiero matar a alguien. Nunca había disparado con tanta rapidez ni con tanta puntería.

—¿Están todos muertos?

—Ahí tienes los cadáveres de todos los miembros de la banda. Y ahí, un poco apartado, el de Duffi Harlem.

Murray no salía de su asombro.

—¡Mil diablos! No creo que haya en Nuevo México otro federal como tú, Fred —dijo, después de examinar los cadáveres uno por uno—. Nadie hubiera sido capaz de exterminar a la banda de Harlem sin más ayuda que la de sus revólveres.

Fred se encogió de hombros.

—Muchos lo hubieran hecho. Y no hablemos más de ese asunto, Murray. La misión está terminada. Haz que tus hombres entierren a los muertos y no volvamos a acordamos de ellos.

—No son mis hombres, sino vigilantes de la frontera que me han acompañado. Pero enterrarán a los muertos igualmente.

Les hizo una seña.

—¡Eh, muchachos, descabalgad! ¡Hay trabajo para vosotros!

Los vigilantes desmontaron y empezaron a preparar las palas que algunos de ellos llevaban a un lado de sus sillas.

Fred, mientras todos se ponían al trabajo, preguntó a Murray:

—¿Para qué querías verme?

—Tengo un trabajo para ti, Fred. Algo que te hubiera ayudado a cazar a Duffi Harlem.

—Pero ahora ya está muerto...

—No obstante, tendrás que realizar la misión. Y no creas que va a ser sencilla.

—¿De qué se trata?

—De capturar a una mujer.

Los labios de Fred se fruncieron imperceptiblemente.

—¿Una mujer?

—Sí. La novia de Harlem.

Fred pensó inmediatamente en el retrato que guardaba en uno de sus bolsillos. Y preguntó:

—¿Tenía novia una bestia así?

—Iban a casarse dentro de un par de meses. Por eso la misión que tenía que encargarte era: «Vigila a esa mujer atentamente y tarde o temprano verás aparecer a Harlem».

—Comprendo. Pero que ahora que Duffi Harlem ha muerto no hace falta vigilarla a ella.

—Te equivocas. Es responsable de traición y asesinato.

Otra vez se fruncieron los labios de Fred.

—¿Nada más que eso?

—Comprendo que la misión no te guste, Fred, pero lo que esa mujer ha hecho constituye un delito federa! porque ha facilitado a los indios valiosas informaciones sobre Fort Lewis, en Arizona, y ahora los hombres allí encerrados están a punto de morir. Aparte de eso, asesinó a un correo del 12.° de Caballería.

—Esos son delitos militares, Murray. Que los persiga el ejército y que me dejen a mi en paz.

—Puede, pero como ella estaba en relación con la banda de Harlem, que también proporcionaba armas a los indios y actuaba en varios estados, el Gobierno de Washington ha ordenado que un federal se encargue de esta misión. Siento que no puedas descansar, muchacho, pero me temo que no va a quedarte otro remedio que ponerte en marcha hacia el Oeste y entrar en territorio de Arizona.

—Supongamos que obedezco esta orden, aunque malditas las ganas que tengo de hacerlo. ¿A qué lugar tengo que dirigirme?

—Tú conoces Fort Lewis, ¿no?

—Estuve una vez allí.

—Pues sabes que, muy cerca, los comerciantes fundaron una pequeña ciudad llamada Little Fort. Esta ciudad es medio provisional y últimamente estaba medio abandonada. Ahora los indios la pueden hacer objeto de uno de sus asaltos en cualquier momento, por lo que sólo unas cuantas familias viven allí…, además de la mujer que tú debes buscar.

—¿Y por qué no la detienen los militares de Fort Lewis?

—Entre otras cosas, porque están cercados y ni uno de ellos puede salir de allí.

—Bien. ¿Qué debo hacer con esa mujer?

La orden de Murray fue seca y tajante:

—Matarla.

—¿No crees que estás poniendo las cosas demasiado serias, muchacho?

—Esa mujer ha sido condenada en rebeldía por un tribunal, hallada culpable y condenada a muerte. Tú sólo tienes que ejecutar la sentencia y evitar que siga cometiendo nuevas traiciones.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fred, mientras contemplaba los buitres que aún revoloteaban sobre el rancho.

—Nora.

—¿Es ésta?

Había sacado la fotografía de uno de sus bolsillos. Murray la miró bien antes de devolvérsela.

Y Fred dejó caer la fotografía al suelo.

Había una extraña expresión en sus ojos.

CAPITULO III

El jinete remontó la abrupta pendiente, miró a sus pies, hacia el fondo de los farallones, y gruñó:

—¡Cuerno!

Aquella expresión tan poco académica pareció tranquilizarle. Miró luego a los revólveres, comprobó que estaban bien cargados y descendió al galope por el otro lado de la pendiente.

Abajo se extendía una inmensa llanura flanqueada de farallones rocosos como los que han hecho famosos a ciertos paisajes de Arizona. Y en el centro de esa llanura se encontraba una pequeña caravana formada por tres carros, al cual los indios habían rodeado completamente.

Después de la guerra de Secesión, las tribus se levantaron en todo el Oeste y aún no habían podido ser aplacadas. En algunos territorios, como el de Arizona, los hombres de color habían vuelto a imponer la ley del hacha y de la sangre.

Y aunque Fred Kendall no tenía por misión perseguir hombres de color, sino pistoleros blancos, tampoco podía dejar en la estacada a los que abajo se defendían tan desesperadamente.

Por eso espoleó a su magnífico caballo y preparó el rifle de precisión que llevaba bajo la silla.

En aquel momento el círculo fatídico que formaban los jinetes indios se hizo más estrecho; la resistencia de los defensores se rompió en un punto y los pieles rojas se abalanzaron sobre los carromatos como una jauría de lobos.

Fred esperó a disparar.

Hizo seis disparos y liquidó a tres hombres, lo cual era una gran marca yendo a caballo y a toda velocidad. Pero los indios eran más de veinte.

Sin preocuparse de recargar el rifle, pues ya entraba en la distancia para el arma corta, Fred volvió a colocarlo bajo la silla y desenfundó sus revólveres.

Los indios se lo encontraron encima casi sin haberse dado cuenta de que llegaba.

Armados de rifles y de hachas, poco pudieron hacer ante un verdadero diablo que disparaba a corta distancia con los Colt último

modelo.

Caracoleando entre los jinetes indios con su caballo bien domado, y disparando a una rapidez de vértigo, Fred logró exterminar a diez hombres con sólo doce disparos.

Pero aquello sólo podía durar mientras le durasen las balas.

Una vez agotadas, ya no tendría tiempo para colocar un solo plomo en los cilindros de sus revólveres.

Y cuando disparó su última bala, Fred lanzó una carcajada porque sabía que aquello iba a ser el fin.

No era un tipo como los otros.

Siempre había dicho que le gustaría morir riendo.

Dos indios se arrojaron sobre él con los tomahawks levantados. Fred blandió su rifle por el cañón y lo movió en forma de molinete con ímpetu salvaje, mientras arrojaba materialmente su caballo encima de los caballos de sus enemigos.

La cabeza de uno de los indios pareció estallar cuando recibió el golpe de la culata. Cayó de la montura mientras su compañero se arrojaba sobre Fred, lanzando un salvaje grito de guerra.

Fred comprendió que no tendría tiempo para esquivar el golpe mortal del tomahawk y lanzó el rifle a la cara de su enemigo, mientras él se dejaba caer del caballo.

El indio cerró los ojos un instante, al recibir el impacto. Fue suficiente para quedar a merced de Fred.

Este, mientras caía, le sujetó por una pierna y tiró de ella. Como los indios montan sin estribos, fue facilísimo hacerle caer de su potro.

Cuando tocó el suelo, Fred ya había desenfundado su cuchillo «Bowie».

Rodaron durante un par de segundos, que fueron suficientes para que Fred clavara dos veces la hoja en la garganta de su enemigo.

Se puso de rodillas en seguida y saltó como un proyectil, con el cuchillo por delante, contra otro indio que intentaba acribillarle por la espalda.

La hoja se clavó vibrante en el vientre del piel roja, que rodó abrazado a Fred durante un instante. Pero sin moverse ni lanzar un gemido, porque estaba muerto ya.

Pese a este éxito proporcionado por la sorpresa y la decisión, Fred hubiera muerto de todos modos si los otros indígenas no llegan

a estar tan ocupados con el saqueo de la pequeña caravana.

Ahora debían quedar unos seis con vida solamente.

Tres de ellos estaban rematando a los heridos y apoderándose de cuanto hubiera de valor en los carros; los otros tres se llevaban a rastras a una muchacha que se defendía con uñas y dientes, aunque sin lanzar un solo grito.

Fred Kendall se dio cuenta de que ninguno de esos seis hombres había advertido el ataque. Estaban demasiado ocupados disfrutando de lo que creían una fácil victoria. De modo que se apoyó en una de las ruedas de un carromato y recargó sus revólveres. Estaba seguro de que con los Colt en la mano nadie lograría vencerle.

Se acercó al primer carromato por la parte posterior y vio a un piel roja clavando repetidas veces su cuchillo en el cuerpo de un hombre tendido boca abajo. Fred dijo:

—¡Chist!

El otro fue a lanzarle el cuchillo todavía ensangrentado. Fred hizo un solo disparo y le perforó la cabeza.

El caos continuaba en torno a los tres carromatos, y los indios que se llevaban a rastras a la muchacha estaban más lejos cada vez.

Fred vio a dos más que estaban despojando de sus sencillas alhajas el cadáver de una mujer. Avanzó hacia ellos con los revólveres preparados, haciendo sonar las espuelas.

Se volvieron al mismo tiempo e intentaron poner sus rifles en línea de tiro.

Fred dejó que lo hicieran.

Luego disparó. Las cabezas de los indios estallaron cuando cada una de ellas recibió los plomos en su centro.

Ya sólo quedaban vivos los tres que llevaban a la muchacha.

Fred, a distancia, disparó contra uno de ellos, alcanzándole en mitad del corazón. Los otros dos, al verle, a unos cuarenta pasos y con los revólveres preparados, comprendieron que ya no tenían tiempo ni para invocar a sus antepasados. Soltaron a la muchacha y echaron a correr a toda velocidad, abandonando incluso sus caballos.

Fred pudo haberles matado fácilmente, pero los dejó escapar. Fueron los dos únicos que se salvaron.

El no mataba por la espalda.

En torno a los tres carromatos, el suelo estaba tapizado de

cadáveres, como si un escuadrón de caballería cargado a sable hubiese pasado por allí.

Fred vio que, a unos cuarenta pasos, la muchacha se movía, por lo que dedujo que no debía estar herida. Además, si los indios pretendían llevársela, no debían querer que llegase estropeada a su campamento. De modo que Fred decidió olvidarla y preocuparse de los que estaban entre los carros.

Por desgracia, todos habían recibido plomo durante el asalto, y luego habían sido rematados a cuchilladas o a golpes de tomahawk. Ni uno sólo de los que pudo ver quedaba con vida.

Al parecer, se habían reunido tres familias para aquel viaje hacia las nuevas tierras del Oeste, y a pesar de que los hombres del grupo iban bien armados, todo había terminado trágicamente ante la terrible avalancha india.

Y el joven iba ya a encaminarse hacia la mujer, por si ésta necesitaba ayuda, cuando oyó que le llamaban:

—¡Fred…!

Oír su nombre en aquel cementerio le causó la misma impresión que si se hubiese encontrado en una isla desierta con el presidente de Estados Unidos.

Se volvió. Entre las ruedas de un carromato, casi aplastado por ellas, vio el cuerpo de un hombre.

—¡Fred…!

La llamada era más angustiosa. Fred corrió hacia allí y sus facciones sufrieron como una crispación al reconocer a Crey, agente federal como él, con el que había realizado varias misiones en Carson City y en otros diabólicos sitios de Nevada.

Carey estaba materialmente cubierto de sangre, pero aún quedaba en él un hálito de vida.

—Aguarda. Levantaré estas ruedas.

—No es necesario… Me muero… igualmente.

—¿Quién ha hablado de morirse, Carey?

Reunió todas sus energías, hizo un titánico esfuerzo y levantó el carromato por la parte de la rueda que aprisionaba a Carey, volcándolo mientras crujían todos sus huesos.

Luego se dejó caer de rodillas junto a su amigo.

—Te sientes más aliviado, ¿verdad, muchacho?

—Sí. Algo más… aliviado.

Fred corrió hasta su caballo, descolgó la cantimplora y volvió con ella junto al herido.

Unas gotas de licor parecieron reanimar a éste, a pesar de que Fred había visto ya que las heridas eran mortales.

—¡Qué casualidad ha sido encontrarte! —susurró Carey, queriendo animarse.

—La casualidad ha sido encontrarte a ti, Carey, muchacho. ¿Qué hacías en una caravana como ésta?

—Ibamos a… California.

—Peligroso viaje. ¿Y por qué te agregaste a ellos?

—Precisamente porque el viaje era peligroso. Me pareció que cometían una locura atravesando así el territorio indio… Y como yo iba a California también, me uní… para protegerlos.

—Yo te llevaré a Fort Lewis.

—¿Es que… vas allí?

—Sí.

—No podrás llegar. Está completamente cercado… por las tribus en pie de guerra.

—Bueno, no voy exactamente a Fort Lewis, sino a Little Fort, que está a poca distancia.

—Allí sí que podrás llegar…, pero la población será destruida por los indios en cualquier momento.

—¿Cómo no la han destruido aún?

—Están muy ocupados… con Fort Lewis. Pero cuando lo tomen destruirán todos los contornos.

Fred no hacía sólo aquellas preguntas por conocer noticias, sino ante todo para distraer a Carey y para que éste no se diera cuenta de que se moría.

Siguió hablando:

—¿Por qué el ejército no envía refuerzos a Fort Lewis? ¿Es que no hay tropas en este sector?

—Parece… como si no hubieses estado en Arizona desde hace años, Fred. Todas las tribus… están en pie de guerra… y no hay soldados suficientes por el momento… Lo verás cuando llegues a Little Fort… Buena suerte, muchacho. Ya te recomendaré… en el otro mundo…

Hizo un débil saludo con la mano y expiró entre los brazos del joven mientras por entre sus labios surgía una bocanada de sangre.

Fred cerró los ojos. Desde unos días atrás parecía como si la muerte fuese su única compañera.

Desde que mató en Nuevo México a Duffi Harlem y exterminó a su banda era como si su ruta hubiese estado marcada con sangre.

Apenas había terminado de cerrar los ojos a Carey cuando Fred oyó a su espalda el taconeo impaciente de una mujer.

Oír el sonido de unos tacones femeninos y el frú-frú de unas faldas en aquella parte de Arizona era algo como para olvidar a los muertos.

Y Fred los olvidó cuando volvió la cabeza hacia ella.

Era una mujer sensacional, completa, joven, pletórica, hermosa y diez y doce cosas más.

Se comprendía que los indios, a pesar de su reconocido mal gusto, hubieran perdido la cabeza y pensando sólo en llevársela, despreciando todo posible botín.

La muchacha —pues sólo tendría unos veinte años— iba vestida con una falda gris, rota por varios sitios, una blusa blanca también rota, unos elegantes zapatos de alto tacón y unas medias desgarradas en varios puntos.

Un atuendo que parecía más propio para una ciudad que para una caravana que viajaba hacia el Oeste.

Aquel monumento con piernas tenía los cabellos color castaño claro, los labios intensamente rojos y los ojos de un enigmático y dulce color azul-gris. Su fina cintura cimbreaba a cada paso sobre dos caderas sólidas y amplias.

Fred, al verla, parpadeó.

Y dijo otra vez, como al ver a los indios rodear a la caravana:

—¡Cuerno!

—No es usted muy galante que digamos.

—¿Lo dice porque antes no he corrido a su encuentro?

—Desde que esos salvajes han huido no ha vuelto a ocuparse de mí.

—Podía haber heridos que necesitasen más ayuda. Usted está muy bien, por lo que veo.

—¿En qué sentido lo dice?

—En todos.

Ella hizo un gesto despectivo y contempló en seguida el enorme grupo de cadáveres con una expresión que no tenía nada de alegre.

—¿Nació usted matando indios? —preguntó.

—No, pero puede que muera haciéndolo.

—Hoy ha estado a punto, por meterse donde nadie lo llamaba.

—¿Sabe que tiene una gran sangre fría?

—Puedo asegurarle que las palabras de los hombres me la hielan todavía más.

—¿No tenía parientes en esta caravana?

—No.

—¿Cómo iba, entonces, en ella?

—Me recogieron por el camino. Creyeron que podía serles útil y, además, les di lástima. El caso es que permitieron que viajase con ellos hasta California... o hasta el Más Allá.

Fred, a pesar de haber visto a gentes de toda clase en su vida, no comprendía a aquella muchacha. ¿Quién era? ¿Una bailarina que buscaba hacer fortuna en los garitos de California? ¿Una aventurera? No tenía aspecto de serlo.

—¿Por qué la recogieron? —preguntó—. O mejor dicho, ¿cómo es que se encontró con esta caravana en mitad de la ruta.

—Porque me había escapado de casa.

—Muy interesante. Busca emociones, ¿no?

—Creo que eso no le importa a nadie.

—Pues has estado a punto de pasarlo muy mal, muchacha. Y creo que tus apuros no han terminado aún.

—¿Por qué? ¿Es que vas a raptarme como esa cuadrilla de salvajes?

—No me interesas tanto, preciosa. Tengo callos en la cara de tanto que me han besado chicas mejores que tú. Pero digo que tus apuros no han terminado porque vas a ayudarme.

—¿A qué?

—A enterrar a los muertos.

La muchacha no contestó. Por toda respuesta fue hacia uno de los carromatos, se metió en él y salió con dos azadones en la mano.

—¿Por dónde empezamos, jefe?

—Por aquí.

Fred señaló un lugar donde la tierra era más blanda. Y se pusieron los dos a trabajar en silencio, con ahínco, pues aunque sólo pensaban enterrar a los blancos —ya que con los indios no hubiesen terminado nunca—, había allí trabajo para varias horas.

Ella trabajaba sin quejarse, como un hombre, a pesar de que el sudor resbalaba por todo su cuerpo. Y entonces se dio cuenta Fred que aquella muchacha era mucho más complicada de lo que le había parecido a primera vista.

Enterraron cuidadosamente los cadáveres, todavía sin cambiar una sola palabra. Luego rezaron unas oraciones y por fin bebieron unos sorbos de licor.

Fue entonces cuando Fred se dio cuenta de que quizá nunca había conocido a una mujer como aquélla.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Lorena. ¿Y tú?

—Fred Kendall.

Y sin decir una palabra más, Fred enlazó para ella uno de los corceles que antes acompañaran a la caravana, llamó al suyo, montaron y ambos emprendieron el camino hacia Little Fort, la ciudad sitiada.

CAPITULO IV

Los dos jinetes llegaron al punto en que el camino bordeaba la colina. Más allá se extendía un prado verde, que resaltaba por su fecundidad en el paisaje agreste de Arizona. Y al fondo de ese prado se encontraba una ciudad.

Detuvieron los caballos.

Los ojos de los dos hombres estaban cargados de nostalgia. Diríase que incluso se habían humedecido un poco.

Fue Logan el que susurró:

—Dios santo... ¡Cuántos años!

Los ojos de ambos estaban perdidos en la lejanía.

—Treinta años —murmuró Sanders—. Treinta años hasta volver los dos aquí... Pero, al menos vista de lejos, la ciudad no ha cambiado gran cosa.

—Es mucho mayor —susurró Logan.

—Oh, eso por supuesto... También eran una porquería, hace treinta años, Wichita y Abilene. En Tombstone no había apenas cementerio, cuando dicen que el de hoy es uno de los mayores de Estados Unidos. Y Kansas City era poco más que una parada de diligencias, mientras que ahora..., ¡cualquiera se arrima!

—La vieja iglesia de madera se conserva. Mira su torre.

—Exacto, muchacho. Y la cuadra de piedra del viejo Forbes. ¿Qué habrá sido de él?

—No nos hundamos en los recuerdos, amigo. A veces es mejor olvidar.

—Pero nosotros no hemos venido para olvidar, sino para recordar.

—Tienes razón. Y creí que ya no te acordarías de nuestra cita en San Antonio de Texas.

—Yo nunca me olvido de una cita con un amigo o con una dama..., aunque me pase treinta años en la cárcel.

Los dos jinetes emprendieron su avance hacia la ciudad.

No tenían ya lo que se dice muy buena estampa. Pero conservaban la dignidad y la gallardía mientras montaban a caballo.

Sus ojos se entrecerraron.

La calle principal de Little Fort...

¡Cuántas cosas, Dios santo! ¡Cuántas cosas!...

Aunque la calle tenía igual trazado, las casas ya no eran las mismas. Ni una de las que ellos conocieron se conservaba en pie, a excepción de la iglesia. Los saloons eran mucho más lujosos y se apreciaba mayor riqueza, a pesar de que a poca distancia estaba el infierno de Fort Lewis, sitiado por los indios.

Sanders susurró:

—Muchacho..., ¡por fin hemos vuelto!

—Volveremos a ser los amos de esta ciudad.

—¿Tú crees?

—Naturalmente que lo creo. En San Antonio de Texas hice una prueba para ver si me mantenía en forma después de treinta años. ¡Y resultó asombroso, chico! ¡Qué puntería! ¡Qué rapidez! La gente estaba asombrada. Decía que en muchos años no había visto un pistolero igual.

—Pues mira que yo...

—¿También tú estás en plena forma?

—Les dejé a todos con un palmo de narices. La gente murmuraba: «Es un rayo sacando». Lo veían y no lo creían. Estoy seguro de que los dos nos convertiremos en los reyes de Little Fort, muchacho.

—Exacto. Como en otro tiempo.

—Impondremos la ley.

—Nos haremos los amos.

—No nos chistará nadie.

—Las mujeres caerán a nuestros pies.

—Haremos con ellas lo que nos dé la gana.

—La gente de los saloons nos dejará en seguida el sitio libre en cuanto nos vea entrar.

—La casa pagará siempre.

—Nuestra habitación del hotel siempre estará llena de bailarinas.

—Tendremos que echarlas a patadas.

—No daremos abasto.

—Y que lo digas, chico.

Cuando los dos hombres consideraron que se habían animado bastante uno al otro, dejaron sus caballos en el amarradero de un saloon.

—¿Qué te parece si echamos un trago?

Sanders había hecho la pregunta. Logan contestó:

—La verdad, antes preferiría otra cosa.

—¿Qué?

—Ir al cementerio.

Sanders cabeceó tristemente.

—Lo mismo estaba deseando yo, amigo. En realidad, por eso hemos venido a Little Fort. Lo que ocurre es que quería hacerme el tipo duro.

—¿Tú crees que la tumba de Anna todavía estará allí?

Los ojos de los dos hombres se habían nublado.

Seguían teniendo una expresión nostálgica.

—Han pasado más de treinta años...

—Pero no existe razón para que la hayan destruido. Sería digno de salvajes, digo yo. Hala, vamos allá.

Los dos hombres rodearon la parte más vieja de la ciudad.

No era difícil encontrar caminos, dado que Little Fort continuaba siendo una ciudad muy pequeña.

El cementerio apareció de pronto ante sus ojos. Era mayor que cuando ellos lo vieron por última vez, treinta años antes, pero la parte más vieja se conservaba intacta. Los dos hombres se aproximaron hacia allí con el sombrero entre las manos.

Los dedos les temblaban.

Querían hacerse los fuertes, los «duros», pero les embargaba una emoción que difícilmente podían disimular.

La vieja lápida de granito estaba allí.

Intacta.

Lo único que pasaba era que la hierba la había cubierto casi por completo. Las lluvias habían borrado casi el único nombre esculpido allí. Un nombre muy sencillo: «Anna». Y todo aquello daba una sensación de olvido, de abandono, que helaba la sangre.

No en vano habían pasado treinta años.

Treinta arios durante los cuales, seguramente, nadie se había acercado a aquella lápida.

Los sombreros de los dos hombres daban nerviosamente vueltas en sus manos.

—¿Recuerdas? —murmuró Logan—. Unos bandidos la asesinaron. Claro que tú y yo la vengamos bien. Entre tú y yo acabamos con todos ellos. ¿Recuerdas cuántos eran?

—Al menos quince.

—Es curioso. En aquella época éramos mortales enemigos. Sólo nos unimos tú y yo para vengarnos de los que habían asesinado a Anna.

Hubo un silencio entre los dos hombres.

Al fin, Logan susurró:

—Sí. Eramos enemigos porque los dos estábamos enamorados de la misma mujer. Y yo sentí más que tú la muerte de Anna, muchacho.

—¿Cómo que la sentiste más? ¿Por qué?

—Por mi hija. No la he vuelto a ver.

—¿Una hija de Anna... y tuya?

—Pues claro...

—No sabía que Anna y tú hubieses tenido relaciones, muchacho.

—Al fin ella cedió. Mi amor era tan apasionado y tan sincero que hubo de comprenderlo y entregarme su cariño.

—Bueno, lo curioso es que...

—¿Qué?

—Yo siempre pensé que la hija era mía.

Los dos hombres se miraron fijamente.

De sus ojos desapareció aquella lucecita nostálgica para transformarse en una lucecita agresiva.

Sanders masculló:

—¡Con ella sólo tuve relaciones yo!

Y Logan:

—¡Sólo yo!

—¡Calla, mequetrefe! ¡La hija es mía!

—¡Mía!

—¡Te voy a...!

—¿Tú qué me vas a hacer, macho?

—Por lo pronto, partirte la cara.

—Cuatro como tú necesito yo no para que me partan la cara, sino para que me limpien las narices.

—¡Con Anna sólo tuve relaciones yo!

—¡Eso lo has soñado en la cárcel!

—¡Y tú en el manicomio!

—¿Cómo vas a tener una hija con Anna si no hubieras podido tenerla con ninguna otra mujer?

—¿Qué es lo que me estás llamando?

—¡Lo que eres!

—¡Te voy a…!

—¿Qué es lo que dices que vas a hacer? ¿Afeitarme? Un puño salió disparado.

Era el de Sanders.

Dio en la cara de Logan y éste hizo:

—MMMMM…

Pero Sanders también hizo:

—MMMMM…

Y es que por poco se le rompe el puño.

—¡Cáete, animal! ¡Te he dado de lleno!

—¿Caerme yo? ¡Ni lo sueñes, macho!

Y fueron a seguir atizándose.

Hasta que el único empleado que guardaba el cementerio llegó corriendo, mientras mascullaba:

—¡Eh, amigos! ¡Dejen de atizarse, que ya tengo bastantes muertos aquí! ¿Es que no lo ven? ¡Si se tocan se van a matar! Logan se volvió mientras gruñía:

—¿Y si no nos tocamos?

—¡Entonces casi peor! ¡Van a tener reuma al menos durante catorce meses!…

CAPITULO V

—Esto es Little Fort —dijo Fred, señalando hacia abajo, desde lo alto de la colina—. ¡Cochino pueblo!

—Tiene aspecto de haber crecido en poco tiempo —murmuró Lorena, que iba junto a él—, pero da la sensación de que se ha engrandecido sin orden. Fíjate en esas casas que hacen entrantes y salientes en la calle, como si fueran un rompecabezas.

—Primero fue un pueblo de comerciantes —explicó Fred—, o más bien un campamento que habían improvisado los que traficaban con los soldados de Ford Lewis. Abundaban los tahúres, los vendedores de alcohol, las mujeres de mala vida y los granujas que vendían caballos a los desertores. Más tarde sus familias se establecieron aquí y llegaron más granujas aún... Así es hoy Little Fort, con el agravante de que la poca moral que había entre sus límites se ha perdido ahora con la amenaza india.

—Pero ¿por qué no han deshecho ya la ciudad esos pieles rojas? No creo que les costase demasiado trabajo.

—Lo suficiente para tener que distraer una parte de las fuerzas que rodean Fort Lewis. Y ésa es precisamente la oportunidad que están esperando los militares encerrados allí. En cuanto los indios caigan en la tentación de saquear la ciudad de Little Fort, la caballería intentará una salida y romperá el cerco. Pero los pieles rojas son demasiado astutos para caer en una tentación así. Cuando Fort Lewis caiga habrá sonado la hora para el saqueo de esta ciudad.

—Según eso, los indios son bastante inteligentes.

—Su táctica guerrera es desastrosa, pero en muchos aspectos los admiro y sé que pueden enseñarnos cosas a los blancos.

—¿Y qué ocurrirá con los comerciantes de Little Fort que quieran regresar al Este?

—Pues que serán atacados por pequeñas patrullas indias, como lo fue vuestra caravana. Y se dejarán sus despojos en la ruta. Todo este territorio está en pie de guerra.

Hizo una amplia señal con el brazo e indicó:

—Mira.

Sobre todas las montañas rocosas que recortaban el horizonte se divisaban suaves señales de humo, casi imperceptibles a simple

vista, pero que eran el último resto de innumerables hogueras apagadas.

—Las diversas tribus se han estado haciendo señales hace poco. Me gustaría saber lo que han convenido. Quizá un ataque definitivo contra el fuerte.

—Pero tú no tienes la obligación de intervenir en esto, Fred.

—No, no es mi obligación.

Espoleó suavemente el caballo para que comenzara a descender.

—¿Vienes?

—Claro que voy. Pero ¿qué voy a hacer yo en Little Fort? Creo que estaría mejor en Fort Lewis, aunque también tenía interés en venir aquí.

—Ninguna mujer de las que hay en Fort Lewis quedará con vida cuando el puesto sea asaltado. En cambio, desde Little Fort tendrán aún alguna posibilidad de huir, por difícil que sea.

—Pero...

Había una auténtica contrariedad en la expresión de la muchacha. Fred la miró con suspicacia.

—¿Es que tienes mucho interés en ir a Fort Lewis?

Lorena no contestó.

Descendieron hasta llegar a la llanura y entonces emprendieron el trote en dirección a la pequeña ciudad. A media milla de ésta, Lorena puso su corcel a la altura del de Fred.

—Aún no me has dicho por qué tienes que ir a Little Fort.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? —suspiró el federal.

—Supongo que no has venido aquí por capricho. Tienes una misión que cumplir. Y esa misión significa que alguien debe ir a la horca.

Fred no contestó esta vez.

—¿Me equivoco? —insistió ella.

—Más vale que pienses en tus propios problemas. Vas a tener trabajo para salir de esta maldita ciudad.

Las hogueras en las colinas rocosas volvían a encenderse, arrojando señales de humo. Fred, sin dejar de avanzar hacia la población, las fue descifrando en voz alta.

—Reunión de jefes de tribus para esta noche. Es la última asamblea antes del asalto definitivo a Fort Lewis.

—¿Pero por qué no envían más tropas a esta zona? Da la

sensación de que todo está desguarnecido.

—La sublevación de las tribus es general y no creo que en el Sudoeste queden muchos soldados disponibles —explicó Fred.

Llegaron en este momento a la entrada de la población, que en aquel lugar parecía bastante desanimada y hasta desierta. Pero Fred se fijó en una particularidad, y fue que allí había edificaciones muy ricas y edificaciones muy pobres.

Sin duda, tiempo atrás, los comerciantes enriquecidos se habían hecho construir suntuosas mansiones, pensando establecerse para siempre en Little Fort. Mientras tanto, los comerciantes que iban llegando se iban instalando en barracas provisionales. Y así, en aquella extraña ciudad, era posible ver una choza casi al lado de un palacio.

—Espero que haya aquí, por lo menos, algo que se parezca a un hotel —murmuró Fred.

—Mira; allí hay un rótulo.

Avanzaron a través de la calle semidesierta. Los escasos transeúntes les miraban con curiosidad, Preguntándose por qué a aquella pareja se le habría ocurrido llegar a aquella población medio perdida en el espacio inmenso y en trance de ser barrida por las tribus indias.

Al llegar bajo el rótulo pudieron leerlo. Decía: «Hotel la Buena Muerte».

Junto a la entrada del establecimiento estaba la de la cárcel y la de una empresa de pompas fúnebres.

Fred lanzó una carcajada.

—¿Te atreves a dormir aquí, Lorena?

—Me parece que no podemos elegir…

Entraron.

El encargado de recepción era un tipo vestido de negro que dormitaba en una butaca. Despertó al oírles entrar.

—¿Qué desean los señores? ¿Dos ataúdes? ¡Oh, perdón! ¿Dos habitaciones?

—¿Es que también es usted el encargado de la funeraria?

—Y el único guardián de la cárcel. Como en Little Fort quedamos pocos hombres, cada uno tiene dos o tres oficios. Pero hace solamente un año este hotel era próspero y yo no daba abasto para atender a tanta clientela.

En efecto, por algunos detalles de la ornamentación y por los cuadros y plantas que adornaban las paredes, Fred dedujo que La Buena Muerte debía haber conocido mejores tiempos. Dijo, mientras firmaba en el libro de recepción:

—Quiero dos habitaciones que den a la calle, pero bastante separadas. ¿Puede hacer que preparen dos baños?

—Lo intentaré.

Una hora más tarde, limpio y afeitado, Fred salió a la calle. Lorena aún debía estar arreglándose, porque desde que la muchacha entró en la habitación no la había vuelto a ver.

Se dirigió hacia el centro de la población, donde las calles parecían más animadas.

Y allí vio a Nora tal como era.

Nora se estaba desafiando a muerte con un hombre.

* * *

Fred Kendall se fijó primero en la muchacha, porque verdaderamente Nora era de las que llamaban la atención.

Llevaba unos pantalones de montar casi masculinos, pese a lo cual su figura no perdía nada, porque esos pantalones eran muy ceñidos y marcaban claramente el contorno de sus piernas. Una blusa negra, muy apretada, modelaba su cuerpo. Llevaba botas de montar y sus cabellos rubios —de un color trigo maduro— estaban sobriamente recogidos en un lazo sobre la nuca.

Todo en ella daba sensación de belleza, de energía y de poder, que hasta un hombre como Fred se sintió impresionado.

El tipo que estaba frente a ella debía tener unos treinta años y se adivinaba en él al típico pistolero profesional que busca fortuna por las ciudades del Oeste, cuanto más revueltas mejor.

Ese pistolero reía, no comprendiendo aún que aquella mujer pudiese desafiarlo en serio.

—¿Para qué llevas ese revólver, preciosa? ¿Para adorno?

—Vuelve a llamarme preciosa y te vaciaré la cabeza.

—Pero, ¿por qué te has enfadado conmigo? ¿Porque he intentado besarte? ¡Cuántas quisieran ser besadas por Mike Roy!

—Pídeme perdón o nunca volverás a besar a otra mujer.

Varios espectadores asistían incrédulos a aquel desafío desigual, y varios de ellos estuvieron a punto de empuñar el revólver cuando

el pistolero rió, diciendo:
—¿Pedirte disculpas a ti? ¿Y cómo quieres que lo haga? ¿Abrazándote y besándote otra vez?
—Te advierto que no eres el primer hombre a quien liquido en mi vida.
—Te estás poniendo tonta, muchacha —las facciones del pistolero se habían ensombrecido—. Acércate a Mike Roy, cariño, y bésale delante de todos. Mike Roy es un muchacho alegre y simpático. Si le gustan tus besos, seguro que te perdonará.
La mujer rió también. Tenía una risa cruel, violenta como la de un pistolero profesional.
Fred se dio cuenta entonces de que un tipo medio agazapado entre los espectadores, sin duda un amigo de Mike Roy, sacaba lentamente su revólver a espaldas de la muchacha.
Seguramente empezaba a darse cuenta de que ella no era una inocente paloma y pensaba liquidarla por la espalda.
Fred esperó a que hubiese sacado su revólver del todo y entonces gritó claramente:
—¡Muy bien, amigo!
El granuja intentó volver el revólver hacia él. Fred hizo un suave movimiento con la muñeca derecha; su mano se movió como el garfio de una máquina y sujetó el revólver, disparando a través de la funda.
El pistolero recibió el plomo a la altura del corazón.
Lanzó un gemido, soltó el revólver y cayó pesadamente a tierra, levantando una nubecilla de polvo.
Mike Roy palideció ligeramente, pero la muchacha ni siquiera se inmutó.
—Ya tienes compañía —dijo, mirando a su enemigo.
—Quiero saber cómo te llamas —susurró Mike Roy.
—¿Para qué? ¿Para enviarme poesías desde el otro mundo?
—Hace un año tuve que matar a una mujer y le hice esculpir una lápida. Quiero que esta misma noche preparen otra para ti.
Ella lanzó una nueva carcajada, más brutal y violenta que la primera.
—Me llamo Nora.
—Está bien; suelta el revólver y acércate a mí. Si no lo haces te obligaré por la fuerza.

—¿Sí? Pues ven a obligarme, pocholo…

Mike Roy no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Y aunque le sabía mal desaprovechar de ese modo a una mujer semejante, apretó los labios y movió los brazos a frenética velocidad.

Todos se dieron cuenta de que era un gun-man profesional y de que resultaría más veloz que la muchacha.

Fred mismo estuvo a punto de intervenir otra vez, puesto que no le gustaba que a una mujer le clavasen una bala en la frente.

Pero ella hizo algo que nadie esperaba.

En lugar de aprestarse a sacar sus revólveres, levantó las manos y sonrió alegremente.

—Bueno, hombre. No creí que te tomaras las cosas tan en serio…

Mike Roy, que ya había sacado las armas, tuvo tiempo justo para frenar el movimiento fulminante de los gatillos.

Su cara se transformó.

—¡Vaya! Veo que empezamos a entrar en razón, muchacha.

—Es que algunos hombres siempre tomáis las cosas por la tremenda…

—Acércate a Mike Roy, nena.

—¿Con los revólveres por delante?

Mike rió y guardó sus armas mientras envolvía a Nora con una mirada viciosa, seguro de su victoria.

Y, de repente, la expresión de Nora se transfiguró.

Adquirió un aspecto violento, salvaje, como el de una fiera que se dispone a saltar.

Convencida ahora de que iba a ser más rápida que su desprevenido enemigo, sacó su revólver antes de que nadie pudiera evitarlo.

—¡Imbécil! —gritó.

Y empezó a disparar.

Lo hizo con tal rapidez y precisión que ni el mismo Fred tuvo tiempo de astillarle el revólver con un nuevo disparo a través de la funda.

Mike Roy, con una expresión de pasmo y de incredulidad, recibió plomo en la mitad de la cabeza.

Aún tuvo tiempo de farfullar:

—¡Trai…dora!

Nora disparó otra vez. Y otra. Estuvo disparando hasta que no le

quedaron balas en el cilindro.

Luego se echó a reír, mientras guardaba el revólver.

Ninguno de los que habían presenciado la pelea quiso intervenir, aun sabiendo que Nora tenía el revólver descargado. A todos les repugnó tirar contra una mujer indefensa, aunque ésta se hubiese comportado como una auténtica hiena.

Ella se fijó entonces en Fred, que la miraba a unos pasos de distancia, negligentemente apoyado en la columna de un porche.

—Te has portado bien —susurró, acercándose mimosamente a él —. Me has salvado antes la vida, cariño. ¿Te lo pago con un beso?

Fred dijo:

—Si.

Y cuando ella acercó a él sus labios entreabiertos, Fred movió sus dos manos con fuerza brutal, las clavó cuatro veces en el rostro de Nora y la hizo caer a tierra con las facciones bañadas en sangre.

CAPITULO VI

Nora se levantó poco a poco. A pesar de la sangre, a pesar de la mueca de dolor que involuntariamente habían adquirido sus facciones, aún era capaz de mirar burlonamente a Fred.

—¿Esos son tus besos, valiente?

—Podemos repetir, si quieres.

Ella se acercó a Fred. Sus movimientos eran estudiados y sinuosos como los de una gata.

—Quiero.

Fred levantó el brazo derecho como para golpearla otra vez. Pero al bajarlo con fuerza no lo proyectó contra la cara de la mujer, sino contra su nuca. La atrajo hacia él, empujándola hacia delante, y la besó con rabia.

Ella se lo permitió.

Al separarse, los músculos de Fred la rechazaron con tal violencia, que Nora estuvo a punto de caer otra vez.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, mientras el odio empequeñecía sus ojos.

—Fred Kendall.

—¿De dónde vienes?

—Del infierno.

—Quiero saber cómo se llama ese infierno.

—Nuevo México.

Nora lanzó una carcajada que en su rostro ensangrentado pareció una mueca. Resultaba increíble que una mujer tan hermosa pudiese al mismo tiempo resultar tan diabólica.

—¿Qué has venido a hacer aquí? ¿No sabes que, en cualquier momento, esta podrida ciudad puede ser aniquilada por los indios?

—Me gustan las ciudades aniquiladas… y las mujeres vencidas.

Ella miró, como si aún no lo creyese, la poderosa musculatura de Fred Kendall y la metálica luz de sus ojos. Seguramente nunca se había encontrado frente a un hombre así.

—Yo no estoy vencida.

—Peor para ti.

Le dio la espalda y echó a andar tranquilamente, siguiendo la línea del porche. Sabía que podía darle la espalda por que ella tenía

el revólver descargado.

Nora le siguió.

—Tú no has venido aquí por casualidad. Te ha traído a Little Fort una misión importante. ¿Cuál es? ¿Decir a los indios por dónde tienen que empezar a destruirnos?

—Imagina que he venido con la misión de hacerte bailar al extremo de una cuerda.

Ella le sujetó por un brazo y le hizo volverse. Tenía una fuerza insospechada para una mujer.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso de que vas a hacerme bailar al extremo de una cuerda?

—Una simple suposición.

Se desasió y continuó su camino. Ahora que la conocía, ya no sentía ninguna prisa por hacerla ahorcar, aunque, indefectiblemente, Nora tendría que acabar así. Más bien lo que necesitaba era echar un trago. Ella no se atrevió a seguirle.

Fred entró en un saloon, uno de los pocos que aún estaban abiertos en la ciudad, y pidió un whisky triple.

No podía apartar de su imaginación la estampa de Nora deshaciendo a balazos a Mike. Estaba tan furioso que si Nora no hubiese sido mujer, ya la habría cosido con plomo.

Bebió su whisky triple de un trago y pidió más, aunque la infecta calidad del licor le había abrasado la garganta.

Una mano se posó entonces en su hombro.

—¿Fred Kendall?

Fred se volvió. El que le hablaba era un tipo de unos cincuenta años, no muy alto, con gafas. Con una mirada maquinal, en que no llevaba armas visibles.

—¿Cómo conoce mi nombre?

—Le vi cierta vez en Denver matar a cuatro hombres en un solo desafío. Desde entonces no es fácil que se me borre de la memoria el nombre del federal Fred Kendall.

Los labios del joven se entreabrieron en una sonrisa cuadrada que no tenía nada de amistosa.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Norman. Cuando en Little Fort había niños, yo era el maestro de esta condenada población.

—Le advierto que pierde el tiempo si busca un nuevo discípulo.

Ya sé leer.

—Y yo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que he leído en un periódico de Santa Fe, el único que llega a esta ciudad, la noticia de la muerte de Duffi Harlem.

Fred bebió su otro triple sin dejar de contemplar al hombrecillo.

—¿Y qué?

—Usted mató a Harlem.

—¿Y qué?

—Nora era su prometida.

—¿Y qué?

—Hace tiempo fue condenada a muerte por un tribunal. Nadie se ha ocupado de hacer cumplir la sentencia en esta maldita ciudad, que está al margen de todas las leyes. Pero si usted ha venido aquí, es para hacer colgar a Nora.

—No creo que eso le importe mucho. ¿O está usted enamorado de ella?

—Yo, no. Hay otro que lo está.

—¿Quién?

—Barry Thompson.

Fred se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Barry está muy lejos. Las últimas noticias lo sitúan muy al norte, en el estado de Washington. Hace poco asaltó un Banco allí y asesinó a tres hombres y una mujer.

—Esas noticias están muy atrasadas, señor Kendall.

—¿Qué quiere decir?

—Que hace un mes que atravesó la frontera de Oregón, hace quince días pasó por Carson City, en Nevada, viajando siempre en dirección sudeste. Y no hay duda de que su destino es la frontera de Arizona.

—Quiere decirme que viene hacia aquí, ¿eh? ¿Y para qué? ¿Para que usted le enseñe a multiplicar?

—Viene a por Nora.

—Tiene gracia. Siempre había creído que Barry era amigo de Duffi.

—Y lo era. Pero eso no impedía que los dos estuvieran enamorados de la misma mujer.

Fred encargó otro whisky triple.

—¿Significa eso que ahora viene por Nora?
—Sí, claro que sí.
—Se habrá cansado de esperar, ¿no? Y querrá arrebatarle la novia a su amigo.
—Es posible.
—¿Sabe él que Duffi ha muerto?
—No debía saberlo cuando se puso en camino, pero se habrá enterado a lo largo del viaje. Todos los periódicos que aparecen en el Oeste publicaron la noticia.
—¿Y querrá vengarle?
—Hay que suponer que lo hará. Más que por amistad hacia Duffi, querrá vengarle por orgullo de pistolero.
—¿Y cree que me dan tanto miedo los revólveres de un tipo como Barry?
—No viene solo. Le acompaña toda su cuadrilla, formada por nueve hombres dispuestos a todo.
—El otro día maté a casi veinte indios y también estaban dispuestos a todo, señor Norman.
—Muy bien, lo sé.
Depositó el importe de las bebidas sobre la mesa y miró a Norman con sus ojos grises, metálicos, que parecían taladrar el aire.
—¿Por qué me ha avisado, Norman?
—Porque en esta ciudad, si tiene que morir alguien, prefiero que sea Barry, no usted. Esté prevenido y, si puede, márchese hoy mismo de esta condenada tierra.
—Usted tiene cierta simpatía por Nora. ¿Verdad, Norman?
—¿Por qué lo pregunta?
—Porque con la amenaza de Barry pretende lograr que me marche de la ciudad sin hacer justicia. Muy inteligente, pero no me convence. Sólo me iré de la ciudad cuando piense que no tengo nada que hacer aquí.
—Como le plazca. Yo no puedo obligarle a que se marche, pero ya le he advertido.
—No crea que no se lo agradezco. Y ahora voy a hacerle dos preguntas, Norman.
—Venga la primera.
—¿Dice usted que leyó lo de la muerte de Harlem en el único periódico que llega a esta ciudad?

—Sí.

—¿Quiere decir que Nora no se ha enterado todavía de lo ocurrido?

—Es posible que no lo sepa. ¿Le alegra?

—Me tiene sin cuidado. Si Nora tiene que acabar colgando del extremo de una cuerda, poco le importará saber que Duffi Harlem ha muerto antes acribillado a balazos.

Norman se encogió de hombros.

—Es posible. ¿No le quedaba otra pregunta por hacer?

—Sí. Me ha dicho antes que en la ciudad no había niños. Y yo he visto unos cuantos.

—Son muy pocos. Las familias que han logrado huir de este infierno se han llevado a los suyos, pero algunos todavía están aquí. Sus padres no saben qué hacer con ellos.

—¿No se puede organizar una caravana e intentar llevarlos a otra ciudad? Es muy posible que los indios los dejen pasar si ven que solamente son niños.

—Sí, es posible, pero también puede suceder lo contrario.

—Los indios sólo son salvajes cuando están borrachos de sangre, Norman. Si atacan la ciudad, sufren unas cuantas docenas de muertes y luego la arrasan, es seguro que no perdonarán a nadie. Pero si ven por la llanura a unos cuantos niños inofensivos escoltados por un par de hombres, yo creo que los dejarán pasar.

Los ojos de Norman se iluminaron.

—¿De verdad lo cree así?

—Por supuesto. ¿Es que he dicho algo tan extraordinario para que los ojos le brillen de esta manera?

—Es que yo estoy preparando una caravana de niños para intentar llevarlos a Tucson, señor Kendall. Con dos carromatos habrá bastante. Y ya hay un par de viejos que se han ofrecido a llevarlos, completamente desarmados, a través de la llanura.

—¿Sabe que ésta es una empresa muy encomiable, Norman?

—No sé si usted lo comprenderá, pero yo amo a los niños. Toda la vida he estado junto a ellos y me horroriza la idea de pensar que, cuando Little Fort caiga, puedan ser víctima de una masacre india.

—Pero hace un momento tenía sus dudas de que lo de la caravana saliese bien.

—He estado dudando todo ese tiempo, pero ahora estoy

convencido de que lograremos salvarlos. Usted conoce el Oeste, Kendall, y conoce aún mejor las costumbres de los indios.

—¿Quiere beber algo, Norman?

—Gracias, acepto.

Los dos hombres bebieron una copa de brandy cada uno. Fred preguntó al maestro:

—¿Qué medidas ha tomado para que los niños puedan resistir un viaje tan largo?

—He reunido provisiones y algunas medicinas y les he enseñado a viajar en carromato durante horas, a tener valor y a guardar el más absoluto silencio durante la noche. Ellos lo toman ahora como un juego, pero cuando estén en la llanura me temo que sus nervios fallen. Además, les he explicado la geografía de los lugares que debemos atravesar, y por último están sufriendo una revisión médica.

—¿Quién los revisa? ¿Usted?

—No. Tengo pocos conocimientos para eso. Pero, gracias a Dios, he obtenido la ayuda de una mujer admirable.

—Le felicito.

Fred pagó el importe de las nuevas bebidas e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—¿No quiere ver mis preparativos? —preguntó Norman.

—Este no es asunto mío, Norman.

—Pero usted conoce bien esta clase de viajes. Y puede orientarme sobre los defectos que encuentre.

—Está bien, le acompañaré. ¿Dónde tiene instalada la escuela?

—Cerca de aquí, en el extremo norte de la población. Precisamente ahora los niños están siendo vacunados.

Fred acompañó al maestro. Al salir vieron que el cuerpo de Mike era recogido por unos cuantos hombres, uno de los cuales iba ostentosamente vestido.

—Es el banquero Harris —señaló Norman en voz baja—. Un mal bicho que aún no ha marchado de Little Fort porque no sabe cómo sacar su oro. Era muy amigo de Mike.

—Pues que guarde su cadáver en la caja fuerte.

Siguieron caminando hasta llegar a la escuela, que era un ruinoso edificio de madera. Norman empujó la puerta y los dos hombres entraron en una vasta sala donde había una docena de

niños a los que una mujer vuelta de espaldas a los recién llegados, iba vacunando amorosamente.

Fred admiró sin darse cuenta la delicadeza de sus movimientos, la dulce suavidad femenina de cada uno de sus gestos.

Aquélla sí que era una mujer.

Y de repente, ella se volvió.

Fred estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Porque aquella mujer era la misma Nora!

CAPITULO VII

Los dos hombres entraron en el saloon casi tambaleándose.

Se habían dado unos cuantos guantazos más, a pesar de la advertencia del guardián del cementerio. Y ahora no es que estuviesen K. O., pero la verdad era que a ambos les faltaba poco.

El tabernero les saludó alegremente.

—Muy buenas, abuelos. ¿Qué hay?

Sanders arqueó la ceja.

—¿Quién me ha llamado abuelo?

—Yo. ¿Es que le sabe mal?

—¡No me sabe de ninguna manera! ¡Defiéndase, perro!

Y fue a sacar el Colt.

Pero se enredaba en la funda.

No era a la medida. Ya no fabricaban fundas para revólveres tan grandes, verdaderas piezas de artillería de la época de los pioneros del Oeste.

El tabernero susurró:

—¿Esa pieza de museo dispara, amigo?

—¿Pieza de museo? ¡Cállese, buitre! ¡Sepa que con esto impuse la ley en Little Fort! ¡Y hay muchos hombres en el cementerio que, si pudiesen, le darían referencias de primera mano!

Logan también estaba dispuesto a liquidar aquello a tiros.

El tabernero, que vio que las cosas se ponían serias, susurró:

—Bueno, amigos, no se pongan así. Ha sido sólo una broma. Pueden beber lo que quieran, porque la casa paga.

Los dos viejos se miraron.

Aquello era volver a los buenos tiempos, cuando eran respetados y temidos en todas partes. Los tiempos en los que bastaba con entrar en un saloon para que les pusieran en seguida, encima de la barra, una botella del mejor whisky.

—Eso ya está mejor —susurró Logan—. Menos mal que usted ha empezado a darse cuenta de la clase de tíos que tiene delante.

—¿Qué tíos?

—Eso..., ¡qué tíos!

Y los dos se abalanzaron sobre la botella de whisky.

Creían que aún sabían beber. Que aguantarían cualquier cosa.

Pero treinta años son demasiados años, incluso para unos bebedores de primera clase.

Logan sintió que su garganta se abrasaba de tal manera que el ardor le llegó hasta los callos del pie derecho.

En cuanto a Sanders, por poco tiene que escupir todo lo que había bebido.

El tabernero susurró:

—¿Es que no les gusta?

—Resulta demasiado flojo —barbotó Sanders—. Eso es. ¡Demasiado flojo!

—Si quieren, tengo otro whisky más fuerte.

Los dos hombres palidecieron.

—Más valdrá que lo deje —susurró al fin Logan—. ¡Ejem! Eso es: más valdrá que lo deje. Cualquier cosa que usted nos sirva resultará floja. ¡El whisky de hace treinta años sí que era whisky! ¡Aquello valía la pena, y no el agua destilada que nos ha servido!

El tabernero fue a retirar la botella, pero se le cayó.

La botella, al chocar contra el suelo, produjo una explosión terrorífica.

—De verdad —dijo—. Ya comprendo que éste es un licor flojillo, pero si quieren, tengo cosas más fuertes. Palabra.

Los dos pistoleros no sabían cómo escapar de aquel lío. Si volvían a beber, se los tendrían que llevar en camilla. Al fin Logan encontró la solución, diciendo: —¡Ya hemos bebido bastante! ¡Bah! Lo del licor déjelo para los críos. ¡Lo que ahora queremos son mujeres! ¡Eso es! ¡Mujeres!

El tabernero gritó:

—¡Nancyyyyy!...

Una mujer apareció en lo alto de la escalera muy poco después. No es que fuese una señora de bandera, pero tampoco estaba mal del todo. Llevaba provocativamente un lado de la falda abierto y por el hueco mostraba unas piernas más que respetables.

Logan susurró:

—¿Pero qué pasa? ¿Es que sólo hay una?

—Hay dos —dijo el tabernero—, pero la otra está en un reservado con un cliente.

—¡Oiga! —barbotó—. ¡Esto es absurdo! ¡Hace treinta años había

aquí un mujerío de espanto!

—Dígamelo a mí. Mi madre y mi abuela «trabajaron» en este sitio.

Sanders y Logan tragaron saliva.

Entonces existía la posibilidad de que aquel tipo fuera hijo suyo.

¡Sólo les faltaba eso!

—Hace sólo unos meses —siguió diciendo el tabernero—, esto estaba la mar de animado, como en los buenos tiempos. Pero ahora las mujeres que han podido se han ido largando, a pesar de lo peligrosa que es la ruta a causa de las patrullas indias. Disponible en este momento, sólo queda Nancy.

La chica murmuró desde arriba:

—Bueno, ¿qué hago? Oye, Joe..., ¡no tengo ganas de preparar sopitas para nadie!

Los dos aludidos casi brincaron.

—¡Las sopitas se las das a tu padre, nena! ¡Nosotros somos tíos en lo mejor de nuestra edad y de nuestra fuerza!

Nancy se encogió de hombros.

—¡Uy, qué miedo!... Bueno, ya me dirás con cuál de los dos me quedo, Joe.

Joe les miró interrogativamente.

Y Sanders, sacando pecho, masculló:

—¡Nos la jugamos! ¡El que tenga más puntería gana!

—Son ustedes dos tíos de pelo en pecho —dijo Joe.

—¡Lance una moneda! —bramó Logan—. ¡La parto de un disparo!

Joe lanzó una moneda.

Logan «sacó».

Hizo un disparo.

Y Joe se llevó las manos a la cabeza, mientras gritaba:

—¡Mi lámpara!...

En efecto, la bala de Logan se había cargado la lámpara, bastante lejos de la moneda, que acababa de rebotar inútilmente en el techo.

Logan no se inmutó.

—Ahora te toca a ti —dijo, mirando a Sanders.

Pero Sanders se dio cuenta de que la cosa podía ir aún peor y de que, con un poco de mala suerte, no se cargaba la lámpara, sino a la chica. De modo que dijo suavemente:

—No te preocupes, muchacho. Tu tiro es imposible de superar. Te la quedas.

Logan guardó el Colt, arqueó las cejas y murmuró:

—¡Menos mal que sabes reconocer la categoría! ¡Ya era hora de que a cada uno se le diese el mérito que tiene! Y ahora..., ¡prepárate, Nancy! ¡Vas a ver lo que es un tío macho!

Avanzó decididamente hacia ella.

Nancy estaba acostumbrada a aplacar a los vaqueros y pistoleros parecidos a gorilas, de modo que nadie tenía que enseñarle nada, pero tembló un momento al ver acercarse a Logan.

¡Había tanto fuego en los ojos de aquel hombre!

Logan la rodeó en sus brazos.

—Ven aquí, chata.

La besó.

La besó mucho.

Mucho.

¡Mucho!

Nancy murmuró:

—¿Pero qué te pasa?...

Había tenido que sostenerle.

Logan se le caía.

Un poco más y el pistolero se le queda enganchado en la hebilla de un zapato.

Nancy gritó:

—¡Eh, Joe, trae un poco de whisky para animar a este macho! ¡No sé qué le pasa!...

Logan pegó un brinco.

—¡No! ¡Whisky no!

—¿Pues qué quieres, chato?

—Estar contigo. Te demostraré que soy un tío de alivio.

Ella se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. Vamos.

Entraron en un reservado que a Logan le recordó los de sus buenos tiempos. Después de todo, no habían cambiado demasiado aquellas habitaciones en treinta años.

Nancy se sentó en el diván y cruzó las piernas.

Logan por poco se marea aún más.

¡Cuántas curvas!

¡Cuánto trabajo para un hombre honrado como él, si llega a tener treinta años menos!

Nancy musitó:

—Bueno, chato,… ¿qué?

Pero Logan no fue hacia ella.

Acababa de oír una frase a través del delgado tabique que les separaba del reservado contiguo.

La frase era:

—…Si mis hombres y yo exterminamos a los niños de la caravana, podemos hacer creer que han sido los indios y…

CAPITULO VIII

Logan, en el rincón más apartado del saloon, susurró, mirando a Sanders, su amigo y rival:

—Te aseguro que lo he oído bien. Quieren matar a los niños de la caravana que se organiza para tratar de huir de este infierno.

—Pero..., ¿pero no te quedaste con Nancy?

—No. En cuanto oímos aquello, nos dedicamos los dos sólo a escuchar.

—¿Y qué dice ella?

—Que nos ayudará en lo que pueda. A su manera, es una chica honrada.

—Concreta mejor. ¿Qué oísteis?

—Ya sabes que un grupo de niños va a salir de aquí, tratando de huir de un inminente ataque indio. Pues bien, un tipo llamado Barry, quien por lo visto dispone de una banda, quiere asesinarlos a todos y cargarlo en la cuenta de los indios.

—¿Por qué?

—Lo que deduje de la conversación fue que los indios ocupan tierras muy buenas en sus reservas y ese tal Barry quiere apoderarse de ellas. ¿Sistema? Parece que tiene algo así como un acuerdo con un politicastro o con algún militar falsamente honorable para que les sean entregadas una vez los indios estén desalojados de allí. Pero para que los indios pierdan todas sus tierras hace falta que cometan un acto realmente salvaje.

—Ya están sitiando Fort Lewis.

—Lo están sitiando con absoluto respeto a las normas de la guerra. También se habla de que arrasarán Little Fort, pero hasta ahora no han hecho nada. Por tanto, se están realizando gestiones muy activas para firmar la paz. La propia Nancy —ya sabes que esas mujeres lo saben todo— me lo ha dicho.

—Y la matanza organizada por Barry haría la paz imposible, ¿no?

—Ujú. Imposible del todo. Llegarían refuerzos de donde fuese, la población blanca se indignaría ante una masacre semejante, los indios serían barridos y sus tierras reducidas a la mínima expresión.

Barry se quedaría con todo, ¿comprendes?

Sanders afirmó con una cabezada:

—Claro que me doy cuenta. Y pienso que los niños no deben salir de aquí.

—No sé cómo vamos a impedirlo. Nadie nos creeré, sobre todo si Barry es tío con influencias...

—Pues entonces hemos de...

—¿Matarlo...?

Los dos hombres se miraron fijamente.

Logan susurró:

—Muchacho, hace treinta años tú y yo imponíamos la ley en esta ciudad. Ningún bandido como Barry levantaba la cabeza. Yo sé que ése es un hijo de perra porque en la cárcel lo oí nombrar. Ahora estamos hechos dos piltrafas, pero...

—¡Oye! ¡Lo de piltrafa lo dirás por ti, chato!

—Desengañémonos. Nos estamos haciendo el gallito porque no queremos ser viejos, pero los años pasan y no perdonan a nadie. Lo único que no envejece, lo único que nos queda es una cosa:

—¿Qué?

—El honor.

Sanders apretó los puños.

Sus ojos volvieron a brillar como cuando hacía auténticas escabechinas en las peores ciudades del Oeste.

—Estoy a tu disposición para lo que sea, Logan.

—Pues vamos a hacer una sola cosa: matar a Barry.

—¿Y su banda?

—La liquidaremos también.

—Eso es estar animado, cuerno. ¿Pero y si nos liquidan a nosotros?

—Para eso está el cementerio de Little Fort, el cementerio que nosotros mismos fundamos, muchacho. ¿Qué mayor honor que ser enterrado yo a la derecha de Anna?

—¡Narices! ¡A la derecha me enterrarán a mí!

—¡A mí!

Como se habían puesto a gritar, el tabernero les oyó desde la barra.

—¡Calma, amigos, calma! ¡No se peguen o les van a enterrar dentro de un barril de agua bendita, ya que el whisky no lo resisten!

¡Pues habráse visto!

CAPITULO IX

Cuando los dos ex amos de Little Fort salieron a la calle, tuvieron un encuentro que no podía ser más agradable.

Vieron a Lorena.

Aunque la muchacha iba por la otra acera, se notaba la magnificencia juvenil de sus curvas a cada paso que daba.

Logan susurró:

—¿Has visto?...

—Calma, muchacho, esto ya no es para nosotros.

—¡Yo me atrevo con lo que sea!...

—¿Sabes lo que hará esa chica si la llamas «guapa»?

—¿Qué hará?

—Darte una manta para que te calientes los pies, macho.

—Logan pegó un brinco.

—¡Oye, tú a mí no me dices eso o te parto la...!

Iban a empezar otra vez.

Pero en ese momento un tipo salió del hotel La Buena Muerte.

La chica se dirigía hacia allí.

El fulano no la dejó entrar.

Era un hombre de sonrisa torcida, cuyas fundas bajas y cuyo aspecto «profesional» lo acreditaban como un pistolero de la peor clase.

Junto a él apareció otro.

Y los dos cortaron el paso a la chica.

—Hum... ¡Una mujer tan bonita en esta ciudad sin mujeres! ¿Adónde vas, preciosa?

—A este mismo hotel. Déjeme en paz.

—¡Estupendo! ¡Tenemos una habitación donde puedes hacernos compañía!

Fueron a tirar de ella.

La chica se resistió. No era una cualquiera. Tenía la agilidad de una auténtica gacela.

Pero aquellos individuos conocían bien su cochino «oficio». No iba a ser aquélla la primera mujer que maldijese el día que los encontró. Uno ciñó por la cintura a Lorena, mientras el otro no se

contentaba tampoco con las palabras. Movió las manos. Por debajo de las ropas de la muchacha, buscó la línea contundente de sus piernas.

En cualquier ciudad más o menos civilizada, aquello no hubiera ocurrido.

Pero Little Fort no era una ciudad más o menos civilizada.

Allí no había ni sheriff.

Dos hombres que estaban en el porche, al lado de Logan y Sanders, murmuraron:

—¿Te has dado cuenta?

—¡Esos miserables hijos de perra!

—Deberíamos intervenir y...

—No lo hagas. Seguro que son hombres de Barry, porque conozco a uno de ellos. Acaban de llegar a la ciudad.

—¿Quieres decir que...?

—Demasiado peligrosos, muchacho. No quiero que esta noche la familia vele mi cadáver. Olvídalo.

Y los dos fueron a alejarse.

Mientras tanto, la chica era zarandeada brutalmente y empujada hacia el interior del hotel.

Si conseguían llevarla a la habitación, estaba perdida.

Nadie la ayudaría entonces.

El espectáculo era miserable.

Logan masculló:

—¿Tú y yo hubiéramos consentido esto hace treinta años, Sanders?

—¡De ninguna manera!

—¿A cuántos hombres hemos apiolado por menos?

—Yo diría que una docena.

—Te quedas corto. Al menos docena y media.

—Pues vamos a por ésos.

—El cementerio necesita clientes.

—Clientes de marca.

Avanzaron hacia el centro de la calle con las derechas arqueadas sobre el Colt.

Los dos pistoleros soltaron a Lorena.

Les miraban incrédulos.

No podían entenderlo.

—¿Qué les pasa, abuelos? —barbotó uno de ellos—. ¡No molesten, imbéciles! ¡Cuando acabemos con la chica, ya les echaremos algún hueso!

Sanders barbotó:

—¡No sabéis con quiénes estáis hablando!

—¡Estáis hablando con Sanders!

—¡Y con Logan!

—¡Los verdugos de Little Fort!

Los pistoleros arquearon las cejas.

—¿De qué época están hablando? ¿De la Edad Media?

—¡De la edad que nos sale por las narices! ¡Dejad a la chica, marranos!

Los dos pistoleros se distanciaron un poco.

A sus ojos había asomado una lucecita peligrosa. Una lucecita que presagiaba muerte.

—¿Pero qué dicen esos batracios? ¡A ellos, Mac!

Desenfundaron sus armas.

También las habían desenfundado Sanders y Logan.

A los dos viejos pistoleros les movía una especie de frenética desesperación.

Nunca habían sido tan rápidos.

Parecían haber vuelto por unos segundos a aquel tiempo en que ellos impusieron en Arizona la ley mortal de sus Colt.

A aquellos tiempos que precisamente habían vuelto para recordar ahora.

Todos los que contemplaban el desafío quedaron atónitos.

Y más atónitos quedaron aún los hombres de Barry.

¡Era imposible!

No podían..., ¡aquellos dos tipos no podían haber sido más rápidos que ellos!

Cayeron de rodillas.

No pudieron ni disparar.

Dos espantosas manchas rojas se habían dibujado en sus frentes, casi junto a las cejas.

Cayeron fulminados.

Y por la calle se extendió entonces un denso, un espeso, un agobiante silencio.

Sanders dio un codazo a su compañero.

—Eh... ¿Te das cuenta?
—¡Qué disparos, chico!
—Yo he matado al de la derecha.
Logan sonrió.
—Siento contradecirte, Sanders, pero al de la derecha lo he matado yo.
—¡Imposible! ¡He sido yo!
—Escucha... ¿No habrá pasado una cosa?
—¿Qué...?
—¿No será que hemos apuntado a uno y hemos matado al otro?
—¡Cuerno!
—Claro que eso me da una idea.
—¿Cuál?
—¡Con ese sistema seremos invencibles si actuamos juntos, muchacho! ¡Bastará con que apuntemos a uno para que le demos al otro con toda seguridad!
—¡Genial! ¡Pero qué grande eres, muchacho!...
—Eso merece un trago.
—Por si acaso lo... lo tomaremos de limonada, ¿eh?
Los dos hombres entraron en el saloon del que acababan
de salir.
Ya ni se acordaban de la chica por cuya salvación se habían jugado sus bien acreditadas y sus bien curtidas pieles.
Pero de pronto la vieron entrar.
Las curvas de Lorena llenaban el saloon.
Al tabernero, al verla, se le escapó otra botella de whisky.
¡Braaaam!
Lorena se sentó junto a los dos hombres.
—Son ustedes geniales —dijo—. Ni siquiera dos hombres de verdad se hubieran atrevido a tanto como ustedes.
Logan carraspeó.
—¿Qué... qué dices de hombres de verdad, nena?
—Bueno..., quiero decir que ustedes ya no están para según qué trotes...
—Nosotros trotamos lo que haga falta, chata.
—No sabes tú con quién te juegas los cuartos.
—Más vale que te vayas de aquí porque somos unos tíos muy ardientes. No conviene que juegues con pólvora, nena.

Lorena escuchaba, divertida, aquellas frases que jamás se hubiera atrevido a esperar.

Pero… ¿pero qué decían aquellos vejestorios?

De todos modos, no cabía duda de una cosa: eran simpáticos. Y valientes. Lo que se dice valientes a toda prueba.

—Les estoy muy agradecida —dijo—. Son ustedes unos caballeros de verdad.

—Ah, eso es otra cosa.

—A caballeros no nos gana nadie. Y a honorables. Tenemos certificados de las mejores cárceles del país. ¿Y tú qué haces en una ciudad tan podrida como ésta, chata?

Lorena apoyó la barbilla en sus deliciosas manos e hizo un gesto nostálgico.

—Quería venir a Little Fort —susurró—. Hace años que quería, aunque nunca me lo había propuesto de una manera seria. Al fin me fugué de la casa en que estaba, una casa de familia en la que me tenían medio recogida y me dije a mí misma: «¡Adelante, chica! ¡Rumbo al Oeste!»

—Eres muy aventurera —dijo Sanders—. Deliciosamente aventurera. Me recuerdas a alguien a quien conocí.

—¿Y por qué querías venir precisamente a Little Fort? —preguntó Logan.

—Porque aquí nació mi madre hace unos treinta años. Se casó muy joven y me tuvo a mí cuando acababa de cumplir los trece. Yo apenas tengo diecisiete, aunque la gente dice que aparento veinte.

Sanders carraspeó.

—De modo que aquí…, ¡ejem!…, nació tu madre.

—Exacto. Y está enterrada mi abuela. Mi abuela fue una mujer muy romántica y muy valiente donde las haya. También dicen que tenía bastante cara dura a ratos. Se timaba con dos hombres a la vez. Pero es que, según parece, los dos eran de campeonato, y la pobre… ¡no sabía elegir!

Sanders y Logan se habían puesto rojos.

Luego, amarillos.

Después, morados.

Fue Sanders el que barbotó:

—Co… co… co…

—Deje de hacer la gallina, hombre —musitó Lorena, riendo—. O

ponga el huevo de una vez.

—¿Cómo se llamaba tu abuela, mal… mal… maldita sea? —Anna.

Sanders dio un codazo a Logan.

—Tú, vamos fuera.

Logan barbotó:

—Ahora mismo estaba pensando yo lo mismo.

Y dejando con un palmo de narices a Lorena, que no sabía lo que pasaba, los dos ex campeones salieron del local y se metieron en un callejón adyacente.

Fue Logan el primero que disparó los puños.

Alcanzó a Sanders.

Pero no le tumbó.

Sanders lo disparó luego.

Alcanzó a Logan.

Y le hizo temblar los dientes, pero Logan se mantuvo firme.

—¡Toma!

—¡Toma tú!

—¡Ahí va tomate!

—¡Pues ahí va lechuga!

Los dos hombres se estuvieron atizando hasta que, destrozados y jadeantes, tuvieron que apoyarse en las paredes del callejón, con las bocas bañadas en sangre.

Sanders masculló, de todos modos:

—Es mi nieta.

—Narices. Es mía.

—¿Pero es que no tienes ojos? Se parece a mí. Es mi vivo retrato.

—Pues entonces se queda soltera.

—¡No seas burro! ¡Te voy a…!

—A la que se parece es a su abuela.

—Valiente e intrépida como ella.

—Y cara dura.

—De modo que nos engañaba a los dos, ¿eh?

—La chica lo ha dicho. No hubiera sabido elegir.

—De todos modos, la nieta es mía.

—¡Mía!

Los dos volvieron a atizarse.

Se dieron mamporros hasta caer de rodillas, jadeantes, hechos polvo, convenidos en gelatina.

Pero aun así hubieran continuado con la juerga de no haber aparecido entonces Lorena en la entrada del callejón, diciendo:

—Miren, amigos, de esto que les pasa yo no entiendo una palabra, pero les aviso. Acaba de decírmelo el de la funeraria al ir a retirar a los dos buitres que ustedes han baleado. Dice que si ustedes dos quieren matarse también, que se den prisa. ¡Por cuatro a la vez hace una rebaja que no se la salta un caballo!...

CAPITULO X

Nora había tenido la sensación de que un hombre la miraba, mientras vacunaba contra la viruela a los niños, y se volvió de repente. Vio que Norman, el viejo maestro, estaba allí. Y que también estaba Fred Kendall, el hombre que la había librado de las *caricias* de un maleante.

Los ojos de Fred Kendall eran inexpresivos.

Terriblemente grises.

Pero una mujer de experiencia, como era Nora, supo notar que pasaban por ellos las llamas de un volcán.

—Kendall... —susurró—, ¿qué haces aquí?

Kendall había apretado los labios.

Con voz metálica, sin matices, susurró:

—No sabía que tuvieras esta faceta, Nora. Creí que eras una mujer muy distinta.

Y dio media vuelta, alejándose.

Nora le miró, sorprendida, mientras él atravesaba la puerta.

—¡Eh, oye! —gritó.

Pero Fred Kendall ya no quiso oírla. Se daba cuenta de que su misión se había transformado de pronto en una misión diabólica.

Al principio, cuando conoció a aquella mujer, no le hubiera costado nada matarla. Pero ahora, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo descargar su revólver contra la única que cuidaba de los niños de Little Fort?

Nora suspiró con desaliento.

Estaba cansada.

Había momentos en que no parecía la misma. Momentos en que sus fuerzas parecían derrumbarse para siempre.

Había terminado ya con el último niño.

Murmuró:

—Podéis iros. Mañana lo arreglaremos todo antes de emprender el viaje.

Nora dio media vuelta, tras ver partir a los chiquillos, y penetró en la casa abandonada donde estaba instalado una especie de hospital. Eran bastantes los hombres heridos por los indios que llegaban a Little Fort, y allí se les atendía del mejor modo posible.

En la habitación que Nora tenía para descansar, fue a derrumbarse sobre una de las butacas.

Pero de pronto se detuvo.

Alguien estaba allí.

Veía sus botas charoladas. Veía sus espuelas brillando quedamente en la sombra.

De pronto quedó asombrada, mientras se llevaba levemente las manos a la boca.

—¡Barry!...

Barry sonrió mientras la atraía hacia sí.

La hizo caer sobre sus rodillas y la besó en la boca.

Nora se dejó besar. Y hasta correspondió a las caricias de aquel hombre joven, atlético, que la estrechaba en sus brazos.

—Barry... ¡Creí que estabas muy lejos!

—En efecto, me encontraba en el noroeste, al otro lado del país.

—¿Y cómo has venido?...

—Tengo trabajo aquí. Un trabajo importante.

Ella sonrió.

Se arregló un poco, maquinalmente, el pelo que él le había desarreglado con la violencia de sus caricias.

—¿Sabes que... a Duffi Harlem le podría saber mal que estés conmigo?

—A Duffi ya no le puede saber mal nada.

—¿Por qué?

—Duffi ha muerto.

La cabeza de Nora sufrió una sacudida.

Durante unos instantes flotó en su rostro una expresión de absoluto estupor.

—¿Duffi... ha muerto?

—Lo han publicado los periódicos. ¿No los lees?

—Aquí apenas llegan. Y es posible que alguien lo sepa en la ciudad, pero me lo ha ocultado.

—Yo lo leí en el camino. Y voy a decirte algo más: el tipo que lo ha matado es un federal llamado Fred Kendall.

Nora palideció mortalmente.

—No es posible...

—Sí que es posible, nena. Tan posible que ha sucedido. Y ese esbirro está aquí. ¿Quién me dice que no ha venido a cumplir la

sentencia de muerte que pesa sobre tu cabeza?

—Ya sé... de quién estás hablando.

Barry sonrió.

—Por fortuna tu amiguito Barry Thompson está aquí —dijo—. El hombre que te ha disputado contra todos, incluso cuando estabas entre las zarpas de Duffi Harlem, ha venido para acariciarte y besarte. —La acarició y la besó antes de proseguir—: No debes tener miedo de ese federal, muñeca. Yo me encargaré de él.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Sí, ya sé que no te arredras ante los hombres, pero todo tiene un límite, muñeca. Ese federal es duro de pelar. No juegues a cargarte con un peso que sabes que no podrás levantar. Déjamelo a mí y cuida de un solo trabajo: encargar una corona para su tumba.

—De acuerdo, Barry. Te lo agradezco.

El forajido sonrió.

—Ya sé que te hago un favor, por So que creo que tú no tendrás inconveniente en hacerme otro.

—¿Qué favor? —susurró mimosamente Nora, enroscándole los brazos al cuello—. Ya sé a qué te refieres, Barry. ¿Es que te lo he negado alguna vez?

—Pues ahora patinas, nena.

Ella echó la cabeza hacia atrás como si acabara de recibir una bofetada.

—No te entiendo —dijo.

—Me gustan tus caricias, pero habrá que dejarlas para más adelante. Ya te he dicho que he venido aquí porque tengo un buen trabajo. He hecho amistad con un coronel y con un político. Los dos me apoyan en la idea de adueñarme de las mejores tierras que tienen los indios ahora. Es el golpe maestro de mi vida. Se pueden sacar de allí docenas de ranchos. Un millón de dólares valorando por lo bajo.

—¡Magnífico, Barry!

—Pero para eso necesito *arreglar* las cosas un poco. No interesa que los indios que rodean Fort Lewis desde hace tiempo, lleguen a ninguna clase de acuerdo con los militares. Tienen que ser barridos implacablemente y despojados de sus mejores tierras en represalia.

—He oído decir que hay conversaciones de paz —musitó Nora.

—Por eso mismo. Hay que conseguir que esas conversaciones

resulten del todo imposibles.

—¿Y qué hay que hacer?

Barry volvió a sonreír. Pero ahora su sonrisa no era viciosa como antes, sino cruel y malévola.

—Me he puesto de acuerdo con una bailarina del saloon que me ha dado buenos informes —musitó—, pero ella no es la pieza clave ni mucho menos. Apenas sabe unas cuantas cosas sobre la distribución de las fuerzas en la comarca y de las zonas más atacadas por los indios. Lo importante de verdad sólo puedes decírmelo tú.

—¿Y qué he de decirte?

Barry sonrió más ampliamente aún.

—Preciosa..., ¿qué ruta exacta van a seguir los niños que trataréis de sacar de la comarca?

CAPITULO XI

Fred Kendall, que había dado una vuelta por los alrededores para conocer mejor la pequeña ciudad, entró en su habitación del hotel. Y apenas había puesto los pies en ella, cuando por poco da un brinco.

¡Menuda sorpresa!

Pero, amigo, no piense usted que era un revólver apuntándole a la cabeza.

Al contrario.

Por sorpresas como la que tuvo Kendall iría usted andando hasta los farallones de Arizona.

La chica estaba sentada en una de las butacas.

Sentada de cualquier manera.

Así y asá.

Era una exhibición como para dejar muda a una pieza de artillería.

Lorena musitó:

—¡No pongas esos ojos, hombre!

—¿Qué... qué haces aquí?

—Ya ves: esperarte.

—¿Pero por qué?

—Durante muchos días tú y yo hemos cabalgado juntos, amigo. Y siempre has sido un caballero intachable, un hombre que me ha tenido el máximo respeto.

—Es lo normal, ¿no?

—Ya sé que es lo norma!, pero eso no impide que me gustes.

Kendall tragó saliva.

—¿Estás segura de lo que dices, nena?

—Y tan segura... De pronto he sentido un no sé qué... En fin, no puedo explicarlo. Pero tengo la sensación de que yo voy a ser muy apasionada con los hombres.

—Pues... ¡pues vaya!

—Esas cosas deben venir de familia.

—Es... es posible.

—Tengo la sensación de que voy a amar apasionadamente.

Kendall ya no sabía dónde meterse.

—Mi sangre es ardiente —dijo ella.

—Entonces más vale que te bebas un vaso de agua fría…

—Debo haber tenido algún antepasado que fue de espanto. Yo diría que una antepasada.

Kendall necesitó apoyarse de espaldas en la pared.

Por una vez algo fallaba en él. Por una vez le parecía que no pisaba terreno firme.

—¿Y por eso has venido aquí, nena? —susurró.

—No pienses mal… Sólo quería decirte que te estoy muy agradecida y que me gustas. En premio a tu caballerosidad durante el viaje, me atrevo a sugerirte que estoy a tu disposición. Si quieres darme un beso sin que ocurra nada más, aquí me tienes tan quietecita.

Fred Kendall tragó saliva otra vez.

¡Demonios con la nena!

¿A quién se parecería?

Y él no hubiera tenido inconveniente en darle un beso, lo cual, además, estaba deseando. Pero temía al *algo más*. Una vez tuviera a aquella preciosidad entre los brazos, ¿quién lo frenaría?

Por eso prefirió seguir portándose como un caballero y musitó:

—Vamos al bar, muñeca. Te invito a un trago.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre?

—Es que tengo muy poca imaginación —dijo Kendall.

Ella se puso en pie y pateó en el suelo.

—¡Ya tienen razón dos hombres a los que he conocido hoy! —gritó—. ¡Dos tíos estupendos!

—¿Y qué dicen?

—Que los de antes sí que eran hombres. Ahora… ¡plim!

—No les quito la razón, Lorena, pero quizá vea mejor las cosas después de un vaso de ponche. Hala, ven conmigo.

La tomó de una mano y la hizo bajar al bar del hotel. No había allí nadie. Encargó ponche para los dos y estuvieron hablando largo rato, hasta que la muchacha acabó riendo. Fred Kendall sabía muchas historias del Oeste y puso el mayor interés en distraer a la muchacha. Al final Lorena se zampó media jarra de ponche y quedó casi tumbada en una silla riendo a mandíbula batiente.

Kendall pensó: «Bueno, al fin se ha calmado…»

—Más vale que vayas a acostarte, preciosa —musitó—. Creo que

necesitas descansar después del ponche que has bebido.

Y se largó de nuevo a su habitación.

El también quería descansar un rato.

Necesitaba pensar, y uno de los sitios donde mejor se piensa es estando tumbado en la cama.

Abrió la puerta.

Y quedó petrificado.

Peor que antes.

Los ojos le hicieron *tlic, tlic* en las órbitas.

Curvas, curvas, curvas...

¡Unas curvas casi tan sensacionales como las de Lorena!

Nora, que estaba sentada en la butaca donde antes había estado la muchacha, susurró:

—¿Pero qué te pasa?

—Nada, nada... Se ve que hoy es mi día.

La peligrosa mujer se puso en pie. Desapareció el espectáculo fascinante de sus piernas, pero no por eso dejó de ser la hembra avasalladora y potente que siempre había sido.

—No te hagas ilusiones, macho —susurró.

—No, si yo no... No me hago ilusiones de nada.

—Quiero hablar contigo, Kendall. Muy seriamente.

—¿De qué quieres hablar?

Los labios de la mujer se crisparon.

Su rostro cambió en cuestión de segundos, mientras sus ojos brillaban peligrosamente. Brillaron como los de una fiera acorralada.

—¡Quiero hablar de esto! —gritó—. ¡Y de esto! ¡Y de esto!...

Cada vez que decía «esto» se le disparaba la artillería.

Dio a Kendall cada bofetada que otro hombre se hubiera quedado seco.

Pero Kendall no se inmutó. Cuando se cansó de recibir, sujetó en el aire las muñecas de la mujer.

Y barbotó:

—A cada uno su turno, chata.

La atrajo hacia sí.

Ella no podía oponer resistencia ante aquella fuerza hercúlea, ante aquella presión irresistible.

Fred Kendall la besó.

La besó hasta que le hicieron daño los labios.

La besó todo lo que le dio la gana.

Cuando le pareció que ya estaba bien, la empujó sobre la butaca y Nora, que esta vez iba vestida de mujer, cayó con las piernas medio al aire.

Fred Kendall musitó:

—Bueno. Y ahora que estamos en paz, hablemos si te parece.

Nora se llevó lentamente las manos a los ojos.

Algo cambió en ella de pronto. Kendall lo notó como si fuera una cosa física. Se dio cuenta de que la chica se derrumbaba. En un momento dejó de ser la misma para convertirse en una piltrafa. De su garganta escapó un gemido.

—Fred —musitó—, si estoy aquí es porque... porque...

Se le cortaban las palabras.

Fred Kendall dijo con voz metálica:

—Ante todo he de aclararte una cosa, Nora. De nada valdría emplear ahora rodeos y mentiras. No me parecería noble. Quiero que sepas por qué he venido a esta ciudad maldita llamada Little Fort.

Ella le miraba fijamente, pero sus labios no pronunciaron una sola palabra.

—He venido para ejecutar una sentencia —añadió Fred—, Tú estás condenada a muerte en rebeldía y yo soy el encargado de acabar contigo Por eso quiero que sepas, ante todo, el peligro que significa acercarte a mí.

Los labios de Nora palpitaron con ansia.

—Ya he sabido eso antes de que me lo dijeras, Fred. Incluso lo sospeché desde el primer momento de conocerte.

—¿Y por qué no has huido?

—En primer lugar, apenas me ha dado tiempo. En segundo lugar...

—¿Qué?

—Te he pegado porque tú mataste a Duffi Harlem. Duffi Harlem podía ser un perro rabioso, pero era el hombre de mi vida. Por mi gusto te hubiera vaciado ahora mismo un revólver en la cabeza, Fred Kendall.

—¿Y por qué no lo has hecho? Facilidades para rellenarme con plomo las has tenido desde el primer momento.

—No te he matado porque te necesito. Y ésa es también la razón

de que esté aquí ahora.

—¿Me necesitas? ¿Para qué?

—Barry Thompson está aquí. Tú sabes perfectamente quién es Barry Thompson. El mismo Duffi Harlem quedaba pequeñito a su lado.

—Por supuesto que lo sé.

—Quizá sepas también que él me pretendía y que mi cariño estaba repartido entre los dos: entre Duffi y él.

—¿Y por qué entre los dos?

Nora hundió la cabeza mientras decía, casi con odio contra sí misma:

—Porque yo no soy más que una zorra. Porque yo no soy más que una golfa.

—No está mal reconocer eso, Nora. Es el primer paso para dejar de serlo.

Ella se cubrió un momento el rostro con las manos mientras susurraba:

—Pues bien… Barry Thompson está aquí. Si supiera que te digo esto me mataría, pero no puedo evitarlo. Si yo ahora me callase esto, sería la perra sarnosa más grande que ha puesto los pies en Arizona.

—¿Y qué es eso tan importante que no te puedes callar?

—Barry tiene planeado convertirse en dueño de las tierras indias. Para eso necesita que la paz se haga imposible.

Y explicó con voz tensa a Kendall lo que Barry Thompson le había contado acerca de sus planes. Lo que, por otra parte, Logan y Sanders ya sabían.

Fred Kendall palideció.

Sus facciones, que normalmente eran impasibles, reflejaban ahora una furia que le desbordaba, una furia que llegaba a cortarle la respiración.

—Ese es el plan de Barry —terminó Nora con voz ronca—, y eres tú el único que puede evitarlo. Por eso he venido.

—¿De qué modo crees que puedo evitarlo?

—Mata a Barry. Mata a sus hombres.

Fred Kendall pestañeó.

Le impresionó la actitud de Nora. Parecía como si a aquella mujer le hubieran arrancado las palabras del fondo más amargo de su alma.

—En el fondo tú amas a Barry —dijo el joven con voz lenta—. Más de una vez te has entregado a él, e incluso ahora hubieses estado dispuesta a hacerlo. ¿Por qué quieres que le mate?

Nora hundió la cabeza.

No contestó.

—¿Por qué? —masculló Fred—. ¿Por qué?...

—Ya te lo he dicho. No soy más que una perra sarnosa. Deseo la muerte de los mismos a los que he amado.

—Eso no es una razón, Nora. Y no creo una sola palabra de lo que me dices.

Otra vez las manos estaban en el rostro de la mujer. Otra vez las uñas rasgaban casi una fina piel de seda.

—¿Vas a obligarme a decirlo? —sollozó—. ¿Es que voy a tener que contarte lo miserable que ha sido mi vida?

Fred le puso una mano en el hombro.

En su gesto hubo una suave amistad, casi una extrema ternura.

—Habla, Nora —musitó—. Las palabras se nos pudren dentro si no las pronunciamos. A veces las palabras dichas a tiempo son la mejor medicina.

Nora dijo sin fuerzas, con un solo soplo de voz:

—Una vez... tuve una hija.

—¿Tú...?

—Era casi una chiquilla. Siempre he sido una golfa, una... bueno, lo que tú quieras. Pero hubo una época en que no lo era del todo. Una época en que aún creí que la vida era hermosa.

—¿Te engañaron?

—Sí. Fue un miserable que dijo que se casaría conmigo. Un cacique de la comarca. Tuve la niña y... En fin, tú no sabes lo que era hace unos años esta tierra. Lo que significaba que una muchacha sola sin que nadie la protegiera, una mujer deshonrada que tuviera que cuidar de una hija.

—Lo imagino. Conozco el Oeste lo bastante bien para saber lo terrible que resulta a veces.

Nora tragó saliva para contener su llanto.

—De todos modos... —musitó—, aún era feliz a mi modo. Tenía un ser que me necesitaba. Un ser para el que yo era todo, que creía y confiaba en mí. Sentir aquella cosa caliente entre mis manos, sentir aquel pálpito de vida que me libraba de todos los horrores y

me sacaba del fondo de mi desesperación, ¡hasta inventé canciones para ella! Es ridículo, ¿verdad? Inventé canciones para una niña que no entendía las palabras... Pero lo terrible sucedió luego, cuando el hombre que me había engañado consideró que yo era un peligro si seguía en la comarca. Era un peligro para *su honor.* La gente murmuraba y... En fin, me exigió que me fuera. Yo me negué, porque al fin y al cabo aquélla era mi tierra. Entonces, una noche...

Las facciones de Nora se desencajaron.

Las facciones de Nora, la mujer sin piedad, se rompieron en un sollozo.

Era incapaz de hablar.

La presión de la mano de Kendall se hizo más cálida, más insistente en su hombro.

—Sigue —musitó—. Por favor, sigue.

—...Una noche vino con otro hombre y mató a la niña. También quiso matarme a mí, porque me dijo que era una zorra y las zorras estorban. Le pedí de rodillas que me matara. Era lo que más anhelaba en este mundo: morir. Pero entonces apareció Duffi Harlem. Fue en ese momento cuando le conocí.

Kendall hundió la cabeza.

Imaginaba el resto de la historia.

Después de todo, hasta en los seres que parecen más desalmados hay algo de bueno, hay algo de noble que surge en ciertos momentos a la superficie de su vida.

Nora continuó:

—Duffi Harlem mató a aquellos dos hombres y luego me ayudó a enterrar a la pequeña. Te parecerá mentira, pero en sus manos había dulzura. Luego, como yo seguía deseando la muerte me emborrachó. Creo que me estuvo emborrachando durante dos o tres días seguidos para que no me matara. Después de eso me pareció haber nacido de nuevo. Estaba con otras gentes, ante otros paisajes... Todo lo pasado quedaba atrás como una mancha negra. Ya no me parecía tan miserable vivir. Y me convertí en la amante de Duffi Harlem y le ayudé en sus golpes. Luego apareció Barry Thompson y también me entregué a él. Ya no era más que una hiena de hermosa piel que se movía entre los hombres. Claro que en el fondo los odiaba a todos. Y lo único bueno que quedó en mí fue... fue...

Fred apretó los labios.

—¿El amor a los niños? —musitó.

—Sí. El amor a los niños. No podía ver sufrir a uno de ellos porque todos me recordaban a mi hija muerta. Por eso les ayudaba, por eso los... ¡Bueno, por eso quiero sacar de aquí a todos lo que corren peligro! ¡No quiero que las cosas se compliquen y sean masacrados por los indios! ¡Y menos aún quiero que sean asesinados vilmente por los pistoleros de Barry, para que éste gane un puñado de dólares!

Sus últimas palabras habían sido desgarradas.

Su garganta pareció estallar en un sollozo.

Cayó llorando encima de Fred Kendall, mientras que su desesperación golpeaba impotente el poderoso pecho del hombre.

Kendall le acarició los cabellos maquinalmente.

Infiernos...

Nunca lo hubiera imaginado. El, un federal, consolando a una zorra condenada a muerte.

La apartó suavemente, casi con ternura.

—Nora —musitó—, haré buen uso de lo que tú me has dicho. Mataré a ese perro rabioso.

—En cuanto a mí... —bisbiseó ella—, si se salvan esos niños no me opondré a que cumplas la sentencia.

Fred Kendall no contestó.

Todo en él era confusión. No sabía qué pensar en estos terribles momentos.

Tampoco hubiera podido decir nada.

Porque en ese momento la puerta se abrió a su espalda y Lorena apareció en el umbral. Lorena quizá había bebido un poco más de ponche del que era necesario. Sus ojos brillaban.

Vio a Nora medio abrazada a Fred Kendall.

Y casi pegó un brinco.

—De modo que esas tenemos, ¿eh? ¿De modo que conmigo muchos remilgos y con esta puerca que si abrazo por aquí que si abrazo por allá?...

Sujetó a Nora.

Fred no pudo evitarlo.

¡Menuda fuerza tenía aquella fierecilla!

¡Y menudas ganas de *entendérselas* con Nora!

En menos de un segundo ya le había pegado dos guantazos.

Los dientes de Nora rechinaron.

Sí, ¿eh?

¡Menuda era ella!

¿Después de haber matado a tantos hombres iba a arredrarse ante una muchachita?

—¡Ahora verás, puerca!

Las dos se abrazaron y cayeron al suelo.

Fred Kendall intentó separarlas, pero no sabía por dónde empezar.

¡Tantas curvas por aquí! ¡Tantas curvas por allá! ¡Tantas cosas que ver! ¡Por todos los diablos! ¡Se mareaba! ¡Empezaba a necesitar una taza de tila!

De todos modos murmuró, acercándose:

—¡Eh, eh, chicas, que no hay para tanto...!

Quiso apartarlas.

Fue a meter mano.

En el buen sentido, claro.

Pero no supo de dónde había salido aquella voz:

—¡Tú fuera de aquí, mangante!

Ni de dónde había salido aquel zapato de agudísimo tacón que se le clavó en el peor sitio del peor sitio: ese sitio en virtud del cual uno hace el servicio militar o se dedica al servicio doméstico.

—¡Aaaayyy...!

Quedó tendido en la cama.

Ni un balazo le hubiera dejado más tieso.

Mientras tanto, las dos mujeres rodaban ya por las escaleras abajo, hacia el vestíbulo del hotel. Se estaban atizando de lo lindo, mientras se tiraban del pelo y se desgarraban los vestidos.

—¡Maldita perra!

—¡Golfa!

—¡Zorra!

La gente que estaba abajo empezó a gritar entusiasmada:

—¡Más! ¡Más! ¡Más!

—¡Dale fuerte!

—¡Rómpele lo que queda del vestido, chata!

En efecto, de los vestidos de las dos damiselas ya quedaba muy poca cosa.

La exhibición que estaban haciendo era de las que quitan el hipo.

Y no era por su voluntad, no. Pero se estaban quedando sin un gramo de ropa encima. Hasta los zapatos habían saltado y las medias se les rompían por catorce sitios.

Los hombres que estaban en el local empezaron a corear aquello.

—¡Bien bien-bien!

—¡Pero que muy-re-que-te-bien!

Sonaban aplausos y vítores. El del bar del hotel, vista la gran afluencia de forasteros, empezó a subir los precios. Lo que pasaba era que, como él también estaba mirando, servía tinta china en lugar de whisky, pero no hubo ni una reclamación. Más de un fulano se quedó con el estómago teñido para seis meses y aún estuvo contento. Los aplausos fueron *in crescendo.*

—¡Preciosa! ¡Dale la vuelta!

—¡Así! ¡Así!

La pelea no llevaba trazas de terminar, pese a que las dos mujeres tenían ya las caras cubiertas de sangre.

Rodaron hacia el porche, entre los pies de los entusiasmados espectadores.

—¡Olé…!

Allí estaban las piernas más bonitas de Arizona.

¡Y qué exhibición!

Aunque las dos estaban deshechas, aún tenían agallas para seguir.

Al fin se impuso la superior veteranía de Nora.

También su mayor fuerza, ya que pesaba algunos kilos más que Lorena.

Consiguió levantar a ésta y ponerla a la distancia ideal para el puñetazo. La derecha de Nora salió disparada como si hubiera sido la de un hombre.

En realidad sabía pegar como ellos.

Toda la cabeza de Lorena pareció saltar.

—¡Toma, maldita!

Lorena quedó un momento flotando. Era una especie de boxeador *groggy*. Nora aprovechó para golpear sin piedad.

Volvía a ser la figura que siempre había sido.

—¡Toma!

Ahora la golpeó con la izquierda.

Una de las cejas de Lorena saltó.

Media cara se le llenó de sangre.

Los hombres ya no aplaudían, sino que estaban estupefactos. Aquello no les gustaba, aquello era distinto. Ellos querían piernas en vez de sangre, y resultaba que había sangre en vez de piernas.

—¡Chúpate ésta!

Nora pegaba como un hombre.

El gancho terrible a la mandíbula de Lorena la impulsó contra la pared.

Los ojos de la muchacha se pusieron blancos.

Estaba completamente K. O

¡Pero aún se sostenía en pie! ¡Aún mantenía la figura! ¡Aún se defendía!

Un corto al estómago.

Dos cruzados, uno a cada pómulo.

Alguien gritó:

—¡Basta, perra! ¡Basta!

Pero Nora no tenía piedad. Saltó la otra ceja de la chica de un terrible zurriagazo.

Lorena ya no pudo más.

Giró sobre sí misma en un patético movimiento.

Y sin fuerzas, sin aliento, ya casi sin alma, se derrumbó sobre las tablas del porche.

Nora había vencido.

Casi la había aplastado.

Pero no iba a poder disfrutar de su triunfo demasiado tiempo. Porque en aquel momento un revólver se clavó en sus costillas mientras una voz susurraba:

—¿Estás bien así? ¿Te gusta esta postura para morir, condenada zorra?

CAPITULO XII

Nora no se volvió. No necesitaba hacerlo porque había reconocido aquella voz como perteneciente a uno de los hombres de Barry.

Y el contacto del cañón en sus costillas era bastante elocuente para no hacer falta más palabras.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿Es que de repente os habéis aburrido de mí?

—El jefe sabe que has ido a hablar con Fred Kendall. Te ha visto. Y esa clase de combinaciones no le gustan.

Nora miró maquinalmente hacia arriba, hacia el hotel.

Suponía que Fred Kendall vendría a sacarla de aquel apuro de un momento a otro, antes de que el pistolero disparase. Pero ignoraba un significativo y terrible detalle.

Ignoraba que, mientras ellas dos se peleaban, otro de los granujas de Barry había entrado en el hotel, dirigiéndose a la habitación de Kendall.

De ese modo, mientras el federal se recuperaba de los contundentes efectos del golpe, un revólver se le clavaba entre los dos ojos y una voz suave y ominosa decía:

—¿Qué, muchacho? ¿Qué te parece? Para sentirte más cómodo..., ¿te deshago la cabeza mientras estés en la cama...?

* * *

Nora se sintió perdida. Sabía que nadie iba a intervenir en su favor, porque los pistoleros de Barry infundían demasiado respeto. No era más que una condenada a muerte.

Eso no le importó.

¡Pero, si la mataban, todo quedaría por hacer! ¡Era muy posible que también fueran asesinados los niños!

Dirigió en torno suyo una mirada patética.

Los ojos de los hombres que antes estaban tan entusiasmados se clavaban en ella con miedo o con helada indiferencia.

El pistolero susurró:

—A esta distancia las balas hacen un agujero terrible... No vas a estar muy presentable cuando te entierren, muñeca... Adiós.

Y fue a apretar el gatillo.

Pero en ese momento una voz un poco gangosa, como de chica que todavía está *groggy,* murmuró:

—No me gusta que asesinen a las mujeres así, buitre.

El pistolero desvió la mirada.

En el primer momento quedó como aturdido.

¿Qué hacía aquella preciosa chica de las piernas sensacionales? ¿Se estaba volviendo loca?

Porque Lorena, bamboleándose aún, acababa de tirar del revólver de uno de los hombres que no se atrevían a intervenir, sacándolo de la funda.

El pistolero barbotó:

—Va a costarte también la vida a ti, muñeca.

—Eso lo veremos. Deja a Nora, pedazo de moscardón. Ya te he dicho que no consiento que maten a una chica de ese modo.

Los párpados de Nora temblaron.

Con voz incrédula susurró:

—Lorena..., ¿tú me defiendes después de haberte pegado yo de esa manera? ¿Por qué?

—Porque lo cortés no quita lo valiente, y porque me has atizado cara a cara, cuando yo tenía las dos manitas bien libres. Si puedo te devolveré la paliza, chata. Te voy a dejar con menos labios que una gata. Pero no estoy dispuesta a consentir que te maten como a una yegua herida.

—Te advierto que... te juegas la vida...

Lorena dijo con desprecio:

—Pues ese tío peor, porque se juega lo que no tiene.

El pistolero perdió los estribos.

—¿Qué es lo que yo no tengo? —barbotó.

Y fue a disparar contra Lorena, tras dar un empujón a Nora para inutilizarla de momento, apartándola de su campo de tiro. El tuvo por un momento todas las ventajas, pues además de ser un profesional, se enfrentaba a una muchacha que estaba medio K. O.

Pero se llevó una buena sorpresa.

La última sorpresa de su vida.

La visión postrera de sus ojos fueron unas piernas sensacionales y... y una llamarada roja. La bala penetró entre sus dos cejas y le hizo caer hacia atrás, mientras de las gargantas de todos los que

estaban allí escapaba un mismo alarido de asombro.

El pistolero que amenazaba a Fred Kendall susurró al oír el estampido:

—Bueno, ya han acabado con Nora. Y ahora, amigo...

Rió diabólicamente.

Nada tan fácil como volarle la cabeza a un hombre cuando se le tiene el cañón apoyado en la frente.

Pero no contaba con la veteranía de Fred Kendall ni con su infernal fama de verdugo a sueldo del Gobierno. De pronto una de las espuelas de Kendall se le clavó en la parte posterior de la rodilla, haciéndole vacilar hacia atrás y obligándole a lanzar un grito de dolor. Simultáneamente, moviéndose en fracciones de segundo, la mano izquierda de Kendall subió y dio un manotazo al revólver que le encañonaba la frente.

La bala le quemó materialmente parte del pelo. Una décima de segundo de vacilación y le vuela la tapa de los sesos.

Pero ahora Kendall ya había ganado la partida. Ahora su enemigo estaba desconcertado y sin saber qué hacer. Kendall le propinó un rodillazo al bajo vientre, lo levantó casi en vilo y lo cazó con los dos puños a la vez mientras estaba en el aire.

El grito debió oírse incluso fuera del hotel.

El pistolero salió trompicado hacia la ventana.

Kendall, que había recuperado su revólver, le disparó dos balas casi a quemarropa. Su enemigo, impulsado por las propias balas, rompió la ventana y se desplomó sobre la calle.

Cayó casi a los pies de su compañero muerto.

Lorena dijo con desprecio, mirándolos a los dos:

—¡Qué suerte han tenido! ¡Así podrían jugarse a los dados qué braseros les toca en el infierno...!

CAPITULO XIII

La calle había quedado vacía en un instante, porque los escasos habitantes de Little Fort se dieron cuenta en seguida de que lo que allí se organizaba era una *fiesta* que no les iba a gustar. Barry Thompson tenía aún bastantes hombres en Little Fort, y eso significaba que barrería con plomo todo lo que se le pusiera por delante.

Cuando Fred Kendall salió del hotel, ya todo el mundo había desaparecido excepto los dos muertos, naturalmente. Y aun ésos

porque no podían. De lo contrario hubiesen salido en la primera diligencia para que los enterraran lo más lejos posible de allí.

También las dos mujeres estaban en la calle, mostrando sus rostros ensangrentados. Sobre todo el de Lorena, que era un mapa, aunque no por eso quedaba disminuida su magnífica juventud ni había perdido nada de su soberana belleza.

Kendall se dio cuenta instantáneamente de lo que había ocurrido.

—No he podido intervenir antes —murmuró—. Ese perro que acaba de probar la resistencia de la ventana me estaba haciendo cosquillas en la frente con el cañón de su revólver.

—De no ser por Lorena ya nada habría importado —musitó Nora.

—¿Es que ella...?

—Sí. Lorena me ha salvado la vida jugándose la suya.

Lorena chascó dos dedos con gesto de indiferencia.

—Bueno, ¿y qué? —murmuró—. ¿Es que una no puede hacerle un pequeño favor a su entrenadora?

—Eres la chica más noble que he conocido, Lorena —dijo Nora con un soplo de voz,

—No te lo tomes tan a pecho. En cuanto pueda, nena, te devuelvo la paliza.

Kendall señaló a las dos el abrevadero que tenían más cerca.

—Ya supongo que ése no es un *tocador* apto para unas bellezas como vosotras —dijo—, pero más valdría que os limpiaseis la cara un poco.

Fue Lorena la primera que lo hizo.

—Si piensas que me he criado en un invernadero, vas listo, chato —dijo—. Me he criado en un rancho. ¡Y te aseguro que el agua de los abrevaderos es de primera clase! ¡Si no está limpia, los caballos no la quieren!

Hundió la cabeza en el líquido.

Y la sacó chorreante.

Pero sonreía casi feliz.

Volvía a ser la hembra joven, valerosa, decidida que un día había sentido la llamada que movilizó a millones de personas valientes corno ella: «¡Vete al Oeste, muchacha!»

Nora también se había lavado la cara.

—Ahora sus facciones tenían una serena dignidad, una dignidad que quizá no habían tenido nunca.

—Lorena —susurró—, nunca podré agradecerte lo que...

—¡Bah! ¡Olvídalo!

Cuando las dos mujeres se hubieron despejado un poco, Fred Kendall se aproximó.

—La cosa se ha puesto muy mal para ti, Nora —dijo—. Barry Thompson se ha dado cuenta de que no estás de su parte.

—Yo acabaré con él si tú no quieres meterte en este lío, Kendall.

—¿Y quién ha dicho que no quiero meterme? ¿No sabes tú que los líos me gustan?

—Barry aún tiene muchos hombres.

—¿Y qué?

—Tú estás solo.

Kendall se encogió de hombros.

—Siempre he estado solo —dijo—. Los federales no actuamos lo que se dice en manada. Somos como los coyotes que buscan en la noche su presa.

—¿Quién ha dicho que va a estar solo? —murmuró entonces una voz.

Todos se volvieron.

Sanders y Logan estaban allí.

Cada uno de ellos llevaba su inmenso revólver de la época de los pioneros. Logan, además, se había hecho con un cuchillo tan descomunal que parecía un sable de asalto de la Caballería Ligera.

—¿Quién ha dicho que va a estar solo? —repitió Sanders, que era quien acababa de hablar—. Nosotros ya sabemos de qué va el asunto, amigo, y estamos dispuestos a ayudarle..., ¡como sea!

Sacó el revólver.

Empleó casi media hora en la importante maniobra.

No sólo aquello pesaba una tonelada, sino que se enredaba con la funda.

Kendall musitó:

—¿Están seguros de que... de que quieren meterse en este mejunje?

—¡Sepa que nosotros fuimos los reyes de Arizona, amigo!

—Dónde poníamos el ojo, poníamos la bala.

—Y si se trataba de mujeres, donde poníamos el ojo poníamos la mano.

—¡Calla, bestia!

—Durante años, nuestra palabra fue ley. Justamente en Little Fort, nosotros fundamos el cementerio. ¿Qué cree? ¿Que ahora vamos a asustarnos por una banda de tres al cuarto?

—No es precisamente una banda de tres al cuarto —murmuró Kendall.

—¡Bah! ¡Las hemos visto peores!

—Pueden atacarnos en cualquier momento —susurró el federal —. Yo no me estaría así, tan desprevenido.

Logan masculló:

—¿Cree que estoy desprevenido? ¡Mire el rótulo de aquel saloon! ¡Verá cómo vuela!

El también había sacado el revólver.

Apuntó a lo lejos.

¡Baaang!

Toda la ciudad pareció temblar. Pero no voló el rótulo que estaba en la distancia.

Voló el rótulo del hotel que tenían justamente encima de sus cabezas.

A Sanders se le desplomó encima mismo de la coronilla.

—¡Pedazo de animal! ¿Pero adónde has apuntado?

Logan se frotó la mandíbula con gesto desconcertado.

—Bueno, yo… Es que… A veces pienso que este revólver empieza a fallar. Tiene ya algún año.

—Querrás decir algún siglo. Como esos trastos ya no los quería George Washington cuando proclamó la independencia.

Logan alzó el revólver.

—¡Fred! —dijo—, ¡Usted es un pistolero! ¿Qué defecto le encuentra al arma?

—Pues… Bueno, así a primera vista, que el cañón está desencajado y el punto de mira no lo tiene arriba, sino abajo.

—Un pequeño detalle sin importancia —murmuró Logan—. Lo suplo con mi formidable técnica. ¿Y qué más?

—Veo que la culata está sujeta con un alambre.

—¡Es de partir tantas cabezas con ella! ¡Jo, jo…!

Fred Kendall alzó un poco las manos.

—Amigos —murmuró—, los años no pasan en vano para nadie. Yo también me encontraré tal vez como ustedes, pero pido a Dios que me haga darme cuenta. Cada edad tiene su mérito. No traten de

repetir ahora lo que sin duda hicieron cuando tenían menos años.

Sanders musitó:

—Tiene usted razón, amigo, pero lo que trato de hacer es defender a mi nieta.

—¡La mía! —gritó Logan.

—¡Narices! ¡A Anna no le tocaste tú ni un dedo!

—No, ¿eh? ¡Pues no te lo explico para no ponerte verde de envidia, macho!

Lorena estaba desconcertada.

Susurró:

—Anna… ¿Qué tienen ustedes que ver con Anna? En efecto, mi abuela está enterrada aquí. Creo que les dije que por eso tenía interés en llegar a Little Fort.

Logan se dio un puñetazo en el pecho.

—Aquí donde me ves, yo soy tu abuelo, preciosa. Anna fue mi mujer, aunque por circunstancias de la vida no llegáramos a casarnos.

Sanders por poco le da un empujón y lo tumba.

—¡Qué mujer ni qué cuernos! —gritó.

—¡Eso, eso! —gritó Logan—. ¡Cuernos!

Lorena estaba muy pálida.

—Pretenden…, ¿pretenden ustedes decir que mi abuela… que mi abuelita se timaba con los dos?

Y lanzó una carcajada.

Una carcajada burlona, alegre, argentina, que se oyó en toda la calle y pareció borrar del aire aquel sabor de muerte.

Sanders murmuró, compungido:

—No veo que sea para tomárselo a risa, guapa.

Pero Lorena siguió riendo.

—¡Mi abuela! ¡Qué tía! —dijo—. ¡Ahora comprendo de dónde me vienen a mí ciertas cosas!

Kendall la miró alarmado.

—¿Es que eso se hereda, chata?

—Pues no sé, pero…

En aquel un momento un par de mirones que habían aparecido al fondo de la calle se esfumaron.

La cosa estaba bien clara.

Habían visto venir a los sicarios de Barry Thompson.

Fred Kendall se mordió el labio inferior.

—Amigos —murmuró—, déjenme esto a mí. Les respeto y les admiro, pero dejen que resuelva este asunto a mi manera.

Los dos hombres se adelantaron como si fueran uno solo.

Había una serena dignidad en sus miradas. Y había también en ellos una dureza, una energía que sólo habían tenido cuando en aquella misma tierra impusieron la ley de sus gatillos.

—Esto también nos afecta —dijo Logan—. Por lo tanto va a contar con nuestra ayuda, amigo. Y además...

Sanders terminó la frase:

—...¡Y además con nuestra ayuda urgente! —gritó.

Porque, en efecto, los hombres de Barry Thompson ya se habían lanzado al ataque. Acababan de aparecer seis jinetes, tres por cada extremo de la calle. Lanzados al galope y atacando por sorpresa, estuvieron a punto de barrerlos a todos.

Incluso el mismo Fred Kendall no se había dado cuenta. Estuvo a punto de quedar desprevenido a merced de sus adversarios.

Pero Logan y Sanders, que al fin y al cabo eran viejos zorros, sí que habían advertido la maniobra. Estaban seguros de que las cosas se desarrollarían precisamente así. Por ello ya estaban sus armas fuera de las fundas cuando irrumpieron los jinetes en la calle.

—¡Al de la izquierda, Logan!

—¡Y tú al de la derecha!

Según su especial combinación de disparos, cada uno mataría no al que apuntaba, sino al otro. Pero esta vez se equivocaron. Para calcular el tiro con aquellos revólveres, había que saber logaritmos. Ni el de la izquierda ni el de la derecha sufrieron el menor daño, pero en cambio el último de los jinetes, al que no había apuntado ninguno de los dos, por poco queda descuartizado por aquellas balas que parecían cañonazos.

Los otros jinetes barrieron con plomo la calle.

Las dos mujeres tuvieron suerte al estar junto al abrevadero, ya que de lo contrario hubieran muerto acribilladas. Pudieron lanzarse a tierra y aquella masa de piedra y agua las protegió.

En cuanto a Fred Kendall, también se había arrojado al suelo. No tenía verdaderamente más que un refugio.

¡Los dos muertos!

Parapetado tras ellos, hizo fuego rabiosamente con su Colt. Pero

los esbirros habían pasado tan veloces que sólo uno de ellos cayó para siempre. Los otros pudieron saltar de sus caballos y parapetarse en las esquinas inmediatas.

Logan saltó al porche.

Apuntó a la esquina derecha.

¡Braaaam!

Quedó medio deshecha la esquina izquierda. El pistolero que estaba refugiado tras ella creyó que acababa de empezar la guerra de Secesión otra vez.

Cayó de costado, con una espantosa brecha en el cuerpo.

Pero los otros tres recibieron apoyo inmediato, porque los restantes hombres de Barry se lanzaron al ataque. Dos de ellos aparecieron en el borde del tejado que estaba enfrente.

Sanders los vio.

Sabía que aquello iba a suceder.

Seguía siendo un viejo zorro en toda clase de peleas callejeras.

Como no podía hacer blanco contra la cabeza de ninguno de ellos, disparó su trabuco contra el tejado. Las balas levantaron más humo que los obuses de artillería que durante la guerra civil habían arrasado Atlanta.

El tejado se hundió. Los dos tipos que estaban arriba cayeron lanzando alaridos.

Y Fred Kendall se encargó de ellos. Los vio pasar por delante de las ventanas mientras caían. Su Colt se encargó de que ninguno de ambos llegase vivo al final del viaje.

Los otros tres seguían tiroteándoles.

La situación se hacía difícil sobre todo para las dos muchachas, que no podían saltar hacia el hotel sin ser barridas por el plomo.

Y el débil refugio del abrevadero no iba a servirles demasiado tiempo.

Fred Kendall comprendió que tenía que jugársela.

Había que sacar a aquellos tres tipos de allí.

Saltó limpiamente al centro de la calle, mientras atraía los disparos hacia sí y barría con plomo las esquinas. La jugada era muy peligrosa, casi desesperada, pero contaba con la sabiduría de los dos hombres que le daban su apoyo.

Sanders y Logan vieron que los pistoleros de las esquinas sólo se preocupaban de Fred Kendall y se ponían al descubierto. Apuntaron

con toda serenidad, empuñando los revólveres con las dos manos para que no les fallara el pulso.

Las detonaciones volvieron a ensordecer la calle.

Las esquinas fueron brutalmente mordidas por el plomo.

Dos de los pistoleros sintieron cómo una granizada de metralla en la frente. Se desplomaron mientras en sus caras se dibujaba una última expresión de asombro.

Fred Kendall, por su parte, se había ocupado del tercer pistolero. Este se tambaleó, alcanzado en el estómago.

Aún pareció bailar, junto a la esquina, una extraña danza. Giró sobre sus tacones y apretó el gatillo frenéticamente.

Disparó dos veces al aire.

Luego se derrumbó estrepitosamente, mientras sobre su cuerpo se dibujaba una nubecilla de pólvora.

Fred no perdió ni un segundo.

Se daba cuenta de que Barry Thompson estaba solo ahora y trataría de huir. Dobló rápidamente la esquina con el Colt preparado.

En efecto, Barry Thompson estaba allí.

Se disponía a montar sobre un caballo. Ya nada le quedaba por hacer en Little Fort, excepto tratar de salvar su sucia piel.

Kendall masculló:

—¿Qué pasa? ¿No te gusta ya esta ciudad, amigo?

Las facciones de Barry estaban desencajadas. Se volvió poco a poco con las manos un poco en alto.

Y procuró sonreír, pero la sonrisa se le heló en la boca.

—Tú eres muy valiente, federal… Tienes un Colt en la mano mientras yo aún lo tengo en la funda. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me asesinas de una vez y luego dices que traté de huir?

—Yo no mato a hombres que no están en situación de defenderse, Barry —murmuró el federal—. Conmigo vas a tener la oportunidad que tú no has dado a nadie.

Y guardó el Colt en la funda con un seco movimiento.

Fue una imprudencia.

No se dio cuenta hasta un segundo después, cuando Barry lanzó un grito y arqueó el cuerpo, aprovechando el instante en que Fred Kendall soltaba el Colt.

Era una magnífica oportunidad para él, puesto que Kendall tenía

que hacer retroceder su mano de nuevo y modificar por completo la posición de sus dedos. En cambio él ya tenía todos los músculos de su cuerpo preparados para «sacar».

Lo consiguió con un movimiento vertiginoso.

Pero no contaba con la rapidez diabólica de Fred Kendall. No contaba con que éste era el federal más veloz de todos los que en aquellos momentos pisaban Arizona.

Los dos revólveres salieron a la luz.

Sonó una sola detonación.

Y un grito:

—¡Dale jarabe, chico!

El grito había partido de la garganta de Logan.

Barry se inclinó, todavía asombrado por aquel disparo que le había parecido increíble, y sintió que el Colt resbalaba de entre sus dedos. Luego le pareció que el suelo terminaba por acercarse vertiginosamente a él. Al fin se derrumbó y levantó con su cuerpo una densa cortina de polvo.

Logan y Sanders estaban en la esquina.

Logan murmuró:

—Muy bien, muchacho. No tienes mala escuela, después de todo. Aún eres un novato, pero ese desafío me recuerda uno que yo sostuve en Kansas City cuando aquello era sólo un villorrio.

Sanders produjo un chasquido con la lengua.

—¡Hermano! ¡Aquello sí que eran desafíos!

Fred Kendall sonrió suavemente.

—Si ustedes dos me van enseñando, procuraré aprender —dijo—. Tal vez con el tiempo llegue a hacer lo que ustedes hacían.

—Pché… Eso ni lo sueñes, muchacho.

—Hay cosas que no se pueden repetir.

—Yo sí que he tenido desafíos… —dijo Sanders—. Recuerdo que cierta vez, en Wichita, me enfrenté a un fulano llamado Tom Golden. Era un politicastro de tres al cuarto que se las daba de gallito con su Colt. Nos plantamos a doce pasos y… ¡la de balas que le metí, amigo! ¡Hubo pedazos de su cuerpo que tuvieron que ir a buscarlos al estado de Iowa!

Logan le miró con perplejidad.

—Sí, Tom Golden. ¿Qué pasa?

—¡Pero burro! ¡Si Tom Golden se ha presentado este año como

candidato a la presidencia de Estados Unidos!

Sanders se pellizcó la mandíbula.

—Bueno... —dijo—. En fin... Tal vez no lo maté del todo. Hay veces en que a uno le tiembla el pulso, qué diablos... ¡Pero fue todo un señor desafío!

Fred Kendall, que había guardado ya el revólver, se acercó a los dos. Y tendió ambas manos a la vez, estrechando las de los viejos pistoleros.

—Quizá algún día tire mejor que ustedes —dijo modestamente —, No lo sé. Pero lo que de verdad me gustaría tener es su valor. El espíritu de dignidad que han conservado siempre.

—Dignidad en todo momento —susurró Logan, sintiendo que las lágrimas casi asomaban a sus ojos—. Mi último certificado de la cárcel así lo dice.

Y se volvió de espaldas porque no quería que nadie le viese emocionado. Porque él era, al fin y al cabo, un viejo pistolero.

¡Y pensaba seguir siéndolo!

Fue entonces, al volverse, cuando vio a Nora. Nora, en silencio, acababa de cerrar los ojos abiertos de Barry Thompson.

—A él le habrá gustado que lo haga —murmuró, quietamente.

Y miró a Fred Kendall.

Ella, la joven serpiente.

Ella, la indómita.

Pero ahora sus ojos quemaban de lágrimas.

—Fred —musitó—, aquí estoy.

El tragó saliva.

—¿Y... y qué?

—Tenías una misión que cumplir.

—¿Qué tratas de decir con eso?

—Puedes cumplirla. No me resistiré. Al fin y al cabo es lo que merezco.

Fred volvió la cabeza.

Sentía en la garganta una cosa dulce y amarga a la vez.

—La primera misión que tengo que cumplir —dijo—, es sacar a los niños de un lugar tan peligroso como Little Fort. Y me han dicho que eras tú la encargada de llevártelos, Nora.

—Pues... pues...

—Si hubiera alguna duda, yo soy el que te nombro encargada de

esa misión... —dijo Fred— con el nombre de Linda Andersen, por ejemplo. Dentro de una hora tendrás un salvoconducto con ese nombre en la vieja oficina del sheriff. Prepáralo todo, monta la caravana y lárgate. Estoy seguro de que los indios no te molestarán. Ah... Y no pierdas ese salvoconducto. Como documento de identidad puede servirte muy bien para organizar una nueva vida. En cuanto a mi... no he visto aquí a ninguna mujer que se llamase Nora. Me la han dado con queso, hermana. Ni rastro de la mujer que buscaba. ¡También es mala suerte!

Y tendió la mano a la mujer.

La mano que lo había golpeado una vez.

La mano que ahora ansiaba proteger.

Nora se secó las lágrimas con un movimiento fugaz.

Y volvió la espalda.

Los tres hombres la vieron marchar con los ojos quietos, como hipnotizados por la magia de su figura.

Y de pronto, Sanders saltó:

—¡Ya sé lo que piensas, Fred! ¡En Lorena! ¡Y estoy seguro de que ella piensa lo mismo!

—¡Habéis nacido el uno para el otro!

Sanders proclamó:

—¡Te concedo la mano de mi nieta!

Logan le dio un codazo que por poco lo desmonta.

—¡Qué nieta ni qué sueños de borracho! ¡El abuelo soy yo! ¡Y concedo la maño de Lorena a este joven!

—¡Tú no puedes conceder nada! ¡Tú a mirar, macho! ¡Y si me fastidias no te invito a la boda siquiera!

—¡El que no vas a venir serás tú! ¡Habrase visto!

—¡Fullero!

—¡Carcamal!

—¡Mangante!

—Cor... cor... cor...

—¡Como termines te mato!

Fred Kendall sonrió y se alejó, mientras decía en voz baja:

—Ya veo que tendré que cargar con los dos. Pero no es eso lo que me preocupa, caramba. Lo que me tiene intranquilo de verdad es si a Lorena se le pega lo de la abuelita...

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.   Precio en España 50 ptas.